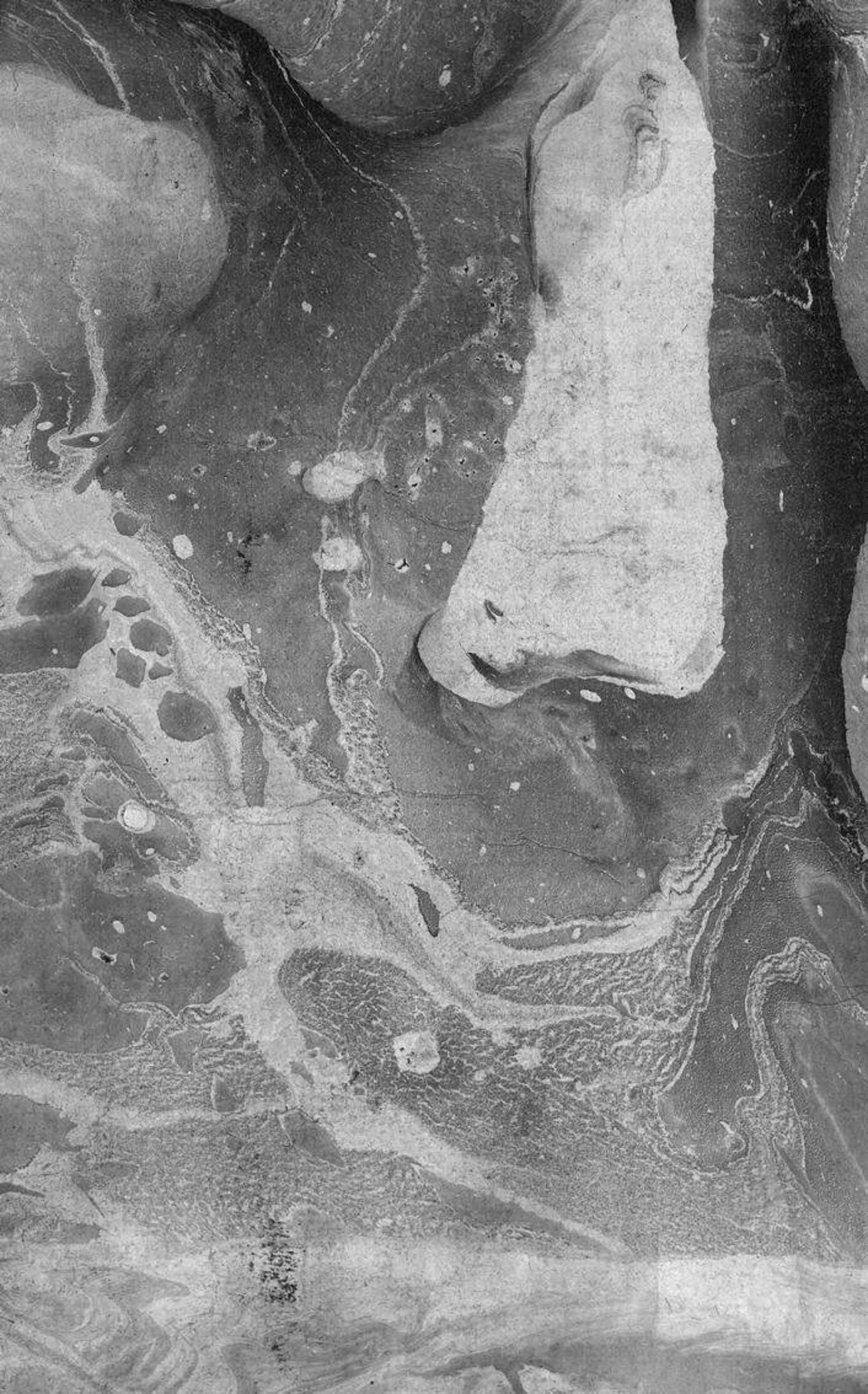


ella





M. J. O. M. Miguel
Lopez Arcedo

Summa afecto Pericla

E. P. Arcedo

Juan Francisco Pinero
BB

Can. 134

EL AMANTE
DE LA
NACION ESPAÑOLA
EN EL SIGLO XIX.,

ó

COLECCION DE VARIAS MATERIAS Y TRATADOS
ESCRITOS EN EL SENTIDO CORRESPONDIENTE
Á LA FELICIDAD DE ESPAÑA;

POR

D. Juan Francisco Siñeriz.



CON LICENCIA.

En Madrid: Imprenta de D. Leonardo Nuñez.

JUNIO DE 1833.

19:494

*Aut Regi , aut legi nunquam contrarius
esto.*

Ni vayas contra tu Rey , ni contra tu ley.

YRIARTE , Obras sueltas , tom. 2. pág. 142.

NOTA. Siendo una propiedad del Autor,
se perseguirá con todo rigor ante la ley á
cualquiera que lo reimprima.

4-1881330265



PRÓLOGO.

Habiéndome determinado meditar muy detenidamente sobre el origen de los vicios y desórdenes de la sociedad, y habiéndome propuesto aplicarles algun remedio, yá que no suficiente á cortar en su raíz todos nuestros males, eficaz á lo menos para disminuirlos en alguna parte, he raciocinado para conmigo de la manera siguiente.

El hombre se ha constituido en sociedad para ser feliz cuanto lo puede ser en esta vida, y pasar despues á gozar de la eterna felicidad. Para conseguir infaliblemente lo uno y lo otro, nuestro Dios y Señor se ha dig-

nado marcarnos una segura senda en la religiosa observancia de sus divinos Mandamientos. Efectivamente, considerados todos juntos, y cada uno de por sí, no puede darse una cosa mas sencilla, mas justa, ni mas sublime. Y si alguno tuviese la osadía de quejarse de su número por ser diez los preceptos divinos, todavía nuestro Criador y nuestro Dios nos dice: Pues bien, yo me doy por satisfecho con la exactísima observancia de uno solo que es el primero: *Amarás á Dios sobre todas las cosas, y al prógimo como á tí mismo.*

¿Qué puede decir el hombre contra la sencillez y justicia de esta divina ley? No hay ni puede haber uno solo, que en el fondo de su corazon

no reconozca la santidad de este precepto. Pues sin embargo, el hombre ni le observa ni le obedece. Amar el hombre á su Dios y á su Criador es la principal de sus obligaciones, y su mas justa y mas sagrada obligacion. Amar al prógimo como á sí mismo es tan justo tambien á nuestros ojos, que si nos colocamos por un momento en su lugar, está yá reconocida esta justicia. Qué exige el prógimo de mí? Nada mas que aquello mismo que yo exigiría en su caso. Pues supongámonos por un instante en el lugar de un semejante nuestro (que éste es el prógimo), y sea cual se fuese su situacion. ¿Qué podremos exigir del prógimo en tal estado? Nada mas que no ser ofendidos por él de pensamiento, palabra ni

obra, y que nos dé el socorro y auxilio que le sea posible si le hemos menester. No es esto justo? Si se nos llegase á faltar con esto, ¿no lo consideraríamos por la mayor de las injusticias? ¿Por qué, pues, no habrémos de hacer nosotros lo mismo con nuestros semejantes?

Hallamos por justo y conforme á razón alimentarnos, vestirnos, y entregarnos al sueño y al reposo cuando lo hemos menester, y lo ejecutamos sin la menor violencia. Hallamos tambien por justo y conforme á razón no querer para otros lo que no quisiéramos para nosotros mismos, y esto yá no lo practicamos. ¿En qué puede consistir esta diferencia siendo una misma la justicia? La ley divina nos

prohíbe ofender al prógimo de pensamiento, palabra y obra, y de las tres maneras estamos ofendiendo todos los días á nuestros semejantes: de pensamiento con la envidia, de palabra con la injuria, y de obra de dos mil modos y dos mil maneras, hasta robar y aun asesinar á nuestro prógimo. Pues cómo! ¿Y á dónde está la justicia y la sencillez de los preceptos de la divina ley? El hombre los abandonó, los despreció, los infringió, y se ha hecho el verdugo de su semejante.

Era, pues, necesario buscar un remedio para apartar al hombre de esta monstruosidad. Yá que no alcanzaron las leyes divinas para contenerle en los límites de lo justo, ha sido preciso inventar las humanas para aterrar-

le con el castigo de sus crímenes. Se hizo, pues, entender al hombre, que si ofende, ha de ser ofendido; y que si hace morir á otro, la ley le hace morir á él. Se le ha sujetado á unas y otras leyes para que le contengan las primeras por el amor, y las segundas por el temor, con lo cual se ha mejorado la suerte de la humanidad. En efecto, no observando las divinas leyes el hombre, ¿qué sería en la sociedad sin las leyes humanas? Un monstruo. Luego tenemos, que no solamente le son precisas las leyes religiosas, sino tambien las civiles para conducirse debidamente con sus semejantes en el órden social. ¿Y cómo es que no se ha pensado hasta hoy en hacérselo entender en su primera ense-

ñanza, ni por sus maestros, ni por sus mismos padres? ¿Cómo es que no le han infundido en su juventud los principios y los elementos de sus principales obligaciones en la sociedad?

Hé aquí el origen de la idea de mi libro político y religioso, que he meditado, con el objeto de que otros entendimientos privilegiados puedan llevar á la debida perfeccion esta idea. La educacion es una segunda naturaleza, y puesto que los Atenienses y Lacedemonios, sin la luz de la fé, han sabido infundir á los Griegos las virtudes de que nosotros carecemos, imitémosles poniendo por nuestra parte los medios posibles para conseguirlo. Entienda, pues, el hombre desde sus primeros años, que además de la ob-

servancia de su religion, se halla tambien sujeto á las leyes civiles; que éstas están fundadas en la justicia; que la justicia se ejerce por los tribunales en nombre de su Rey. Entienda asimismo, que despues del Rey de los cielos, á quien debe amar sobre todas las cosas, tiene otro Rey en la tierra á quien tambien es obligado á amar, obedecer y respetar. Reconózcale yá en su mas tierna edad por su protector, por su padre y por su juez. Aprenda en los primeros rudimentos de su enseñanza á conocer que la libertad y seguridad que yá tiene, de correr, saltar y jugar en la casa de sus padres, la deben ellos y él á su Rey, por el cual gozamos todos del orden y armonía de la sociedad. Sepa igualmen-

te el verdadero origen de su gobierno y leyes civiles; y en comprendiendo para qué han sido éstas establecidas, él las amará, respetará y obedecerá. Él sacará mas adelante de estos primeros y seguros conocimientos las necesarias consecuencias que de ellos deben seguirse. Yá se convencerá muy en breve del amor y respeto que debe al gobierno y á las leyes, y se horrorizará cuando alguno osase contradecirle estos principios. Él reconocerá por ellos el amor que debe á su patria, y las obligaciones que le impone el orden social para con sus semejantes. En una palabra, él sabrá ser un verdadero individuo de la sociedad, porque ha aprendido á serlo, y ha estudiado en sus primeros años los ver-

daderos y sólidos principios del órden social.

Preparado el hombre de esta manera, y desde su mas tierna edad, yá no puede ser sorprendido cuando mas adelante se encuentre por primera vez con una materia de la cual no tuviese la menor idea. Si por desgracia suya llegase á sus manos un libro que le haga una descripcion pintoresca de la libertad del hombre, él yá sabe que la verdadera libertad consiste en una perfecta sumision á las leyes, y que cualquiera otra no puede ser libertad, sino libertinaje y corrupcion. Si por casualidad oyese á alguno hablar de las contribuciones ó impuestos, yá tiene un conocimiento de su aplicacion, y de los infinitos gastos que son

precisos en un Estado. Tiene además una idea de los incalculables beneficios que disfrutamos en una paz, y en los cuales no pensamos apénas por no conocerlos. Se halla impuesto tambien en las consecuencias espantosas de una anarquía, para que pueda procurar, cuanto esté de su parte, precavernos de sus terribles efectos. En una palabra, yo he creído conveniente darle las correspondientes ideas en los tratados que he elegido, y he procurado además inculcarle las que se contienen en los seis Diálogos que puse á continuacion.

Si en el Apéndice que he añadido al fin, llego á demostrar la posibilidad de mejorar nuestras costumbres, el lector imparcial podrá juzgar sobre

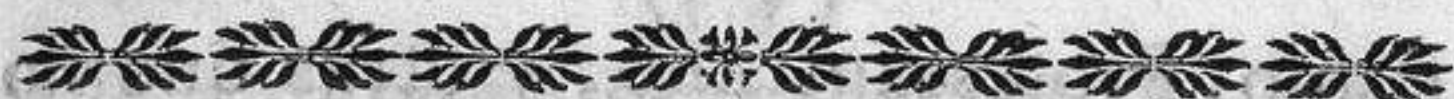
ello. Yo solo pretendo hacer ver que se halla viciada nuestra sociedad, y que nos faltan las virtudes que la historia nos hace reconocer en nuestros antepasados. Deseo en lo mas íntimo de mi corazon, no solamente que todos pudiéramos imitarles, sino tambien excederles. Y si he conseguido que la idea de esta obrita pueda contribuir á tan interesante objeto, tendré la indecible satisfaccion de haber hecho un bien á la humanidad.

ÍNDICE

de lo que contiene este tomo.

<i>De la Religion.</i>	pág. 1
<i>De las obligaciones del hombre.</i>	6
<i>De la política.</i>	9
<i>De las leyes.</i>	12
<i>De las leyes de España.</i>	14
<i>Del Soberano</i>	19
<i>Del amor al Soberano.</i>	21
<i>Del respeto al Gobierno y á las le- yes.</i>	23
<i>De la sucesion á la Corona de España.</i>	25
<i>De las actas de las Cortes de Madrid de 1789.</i>	35
<i>De los Secretarios de Estado.</i>	44
<i>De los tribunales.</i>	46
<i>Del amor á la patria.</i>	48
<i>De las contribuciones ó impuestos.</i>	52
<i>De los efectos de la paz en una na- cion.</i>	54
<i>De la guerra y sus efectos.</i>	57
<i>De las revoluciones.</i>	60
<i>Del honor militar</i>	64
<i>Del carácter español</i>	66
<i>De los periódicos.</i>	69

<i>Del buen nombre en la sociedad.</i>	72
<i>Del hombre público.</i>	76
<i>Del trato social.</i>	80
<i>Del trato familiar.</i>	84
<i>DIÁLOGO 1.º Sobre la diferencia de costumbres entre nosotros y nuestros antepasados.</i>	89
<i>DIÁLOGO 2.º Sobre el origen de la re- volucion de la Francia en el año de 1789.</i>	102
<i>DIÁLOGO 3.º Sobre los medios de pre- caver las revoluciones.</i>	113
<i>DIÁLOGO 4.º Sobre las funestas conse- cuencias de una revolucion.</i>	125
<i>DIÁLOGO 5.º Sobre el entendimiento del hombre, y sobre el premio y castigo en la eternidad.</i>	137
<i>DIÁLOGO 6.º Sobre la justicia y san- tidad de los preceptos divinos. . .</i>	151
<i>APÉNDICE. Sobre el poder de la edu- cacion.</i>	165



De la Religion.

PREGUNTA. **Q**ué es Religion?

RESPUESTA. Una virtud moral con que adoramos y reverenciamos á Dios, como á primer principio de todas las cosas, dándole el debido culto con sumision interior y exterior nuestra, confesando su infinita excelencia. (*Dic. de la Acad.*)

P. Cuál es la Religion de los Españoles?

R. La Religion Católica, Apostólica, Romana, única verdadera.

P. Qué quiere decir única verdadera?

R. Que los Españoles hemos tenido la dicha de nacer en la única verdadera Religion, cuya felicidad no han tenido otras naciones que siguen la del Paganismo, Judaismo, Mahome-

tismo, Protestantismo, y otras que no son verdaderas.

P. Qué otro nombre tiene nuestra Religion?

R. El de Religion cristiana.

P. Hace mucho tiempo que ha tomado este nombre?

R. Mil ochocientos treinta y tres años, que es el tiempo que hace que vino N. S. Jesucristo al mundo á padecer y morir por nosotros para redimirnos del pecado original, y abrirnos las puertas del cielo, que teníamos cerradas por la culpa de nuestros primeros padres Adan y Eva.

P. Pues qué culpa han cometido nuestros primeros padres para un castigo tan terrible?

R. El de la desobediencia á nuestro Dios y Señor, que les habia criado en estado de gracia, y la perdieron por la desobediencia ellos y todos sus descendientes.

P. Y no tenemos nosotros la terri-

ble desgracia de nacer en la culpa, como hijos que somos de ella?

R. Si señor, todos nacemos con el mismo pecado original heredado de nuestros primeros padres; pero se nos quita con el Sacramento del Bautismo que instituyó Jesucristo, Hijo del mismo Dios, antes de morir por nosotros.

P. Y nada menos ha sido preciso que la muerte del mismo Hijo de Dios para redimirnos del pecado original?

R. Solo de esta suerte podria devolvérse nos la gloria eterna, para la cual habiamos sido criados; y así se lo ofreció el mismo Dios á nuestros primeros padres despues de haber pecado.

P. Y cuántos años ha tardado en venir Jesucristo al mundo á padecer y morir por nosotros?

R. Sobre cuatro mil años poco mas ó menos, habiéndose anunciado muchas veces su venida por los Profetas.

P. Cuánto tiempo ha vivido entre nosotros?

R. Treinta y tres años , en cuya edad murió , sin mas culpa que la nuestra , clavado en una cruz , para resucitar , como resucitó al tercero dia , y subió gloriosamente á los cielos.

P. Cuál ha sido su vida en los treinta y tres años ?

R. La de predicarnos la divina moral evangélica , con la cual alcanzamos infaliblemente la eterna bienaventuranza , si la observamos religiosamente.

P. Y no nos sirve tambien para nuestra felicidad en esta vida ?

R. Y tanto , que solo por no observarla padecemos todas las desgracias y miserias , que nos acompañan desde la cuna á la sepultura.

P. Es muy difícil la observancia de la ley evangélica ?

R. Solo pende de nuestra voluntad ayudada de la divina gracia ; por lo que lo que tenemos en nuestra mano con este auxilio no puede ser difícil.

P. Pues á qué está reducida principalmente?

R. Á amar á Dios sobre todas las cosas, y al prógimo como á nosotros mismos.

P. Y solo con la observancia de este precepto podemos alcanzar la eterna felicidad además de la de esta vida?

R. Si lo observamos con toda la pureza de nuestro corazon, este solo precepto nos basta, porque todos los demás vienen á estar tácitamente comprendidos en él.

P. Y antes de venir Jesucristo al mundo, cuál era la ley y la religion que seguian nuestros antepasados?

R. En el Antiguo Testamento se hallan las leyes y los milagros que Dios obró con su pueblo hasta la venida de Jesucristo.

P. Y en dónde se halla la ley evangélica que nos ha predicado el Hijo del mismo Dios?

R. En el Nuevo Testamento, cuyo

contenido admira y asombra á todos los hombres del mundo por su superioridad á cuanto puede producir el humano entendimiento.

De las obligaciones del hombre.

P. Cuál es la primera obligacion del hombre luego que llega á tener uso de razon?

R. La de reconocer á su Dios, Criador suyo, y de todo cuanto tiene sér.

P. Y despues de haberle reconocido, qué otra obligacion se le sigue de este reconocimiento?

R. La de amarle, adorarle, y tributarle el debido culto, como no podemos menos de hacerlo á nuestro Criador y Autor de todo el universo.

P. Hay alguna regla segura para amar á Dios como corresponde?

R. El que observe religiosamente sus divinos mandamientos ama á Dios

todo cuanto el mismo Dios quiere ser amado por el hombre.

P. Cuál otra obligacion tiene el hombre constituido en sociedad?

R. La de reconocer á su Rey en la tierra, á quien, despues de Dios, debe amar, obedecer, y respetar.

P. De dónde proviene esta obligacion en el hombre?

R. De ser considerado el Rey ó el Soberano como el padre comun de todos los individuos de un Estado.

P. Y qué beneficios reciben de su Soberano los individuos de una nacion?

R. Los mayores y los mas interesantes en la sociedad, como que ésta, sin ellos, no puede conservarse.

P. Explicadme algunos.

R. En primer lugar el Rey es en la tierra el padre de la justicia, sin la cual no pueden vivir los hombres en ningun Estado.

P. Qué mas?

R. Debemos al Soberano la libertad

y seguridad que disfrutamos en nuestras personas, y en nuestros intereses.

P. Qué mas?

R. Le somos tambien deudores del órden y armonía social en que vivimos, por consecuencia de la ejecucion de las leyes dictadas á este fin.

P. Es tambien una de las obligaciones del hombre obedecer y respetar estas mismas leyes?

R. Lo es en tal manera, que sino las obedece y reconoce, debe ser echado de la sociedad, ó salirse él de ella, antes que turbar el órden social en que viven los demás.

P. Qué otras obligaciones tiene el hombre constituido en sociedad?

R. La de preferir siempre el bien general de la nacion al suyo propio.

P. Hasta qué punto tiene sobre sí esta obligacion?

R. Hasta el de dar su vida por la patria, si así lo exige el bien general de ella.

P. Qué mas obligaciones hay en el hombre?

R. La de socorrer las necesidades de su semejante del modo y forma que le sea posible.

P. Es muy difícil el cumplimiento de todas estas obligaciones?

R. El hombre de buenos sentimientos, y de una regular educacion, lejos de mortificarle el cumplimiento de ellas, siente la mayor complacencia en haber llenado sus obligaciones.

De la política.

P. Qué es política?

R. La ciencia que trata del arte de gobernar á los hombres.

P. Por dónde se gobiernan los hombres?

R. Por las leyes establecidas y sancionadas en sus respectivos Gobiernos.

P. Cuántas clases hay de Gobierno?

R. Hay varias como el Monárqui-

co., el Aristocrático, el Democrático, y otras.

P. Cuál de las clases de Gobierno es considerada por la mejor?

R. Todos los políticos convienen en que el Gobierno Monárquico es el mejor de los Gobiernos.

P. Cuál es el Gobierno Monárquico?

R. Aquel en el cual la autoridad suprema reside en el Soberano ó Monarca.

P. Por qué esta clase de Gobierno es considerada por la mejor de todas?

R. Porque consta de una sola cabeza; y así como una casa de familia no puede ser bien gobernada si son dos ó mas á mandar, tampoco lo pueden ser los reynos donde hay mas que una sola cabeza.

P. Probadlo con un ejemplo.

R. Si en una casa de familia tuviesen el gobierno de ella el padre, la madre, y el hijo mayor, sería preciso preguntar á los tres todo lo que debe

hacerse, y mientras lo acuerdan entre sí (cuando no llegan á discordar) todo se retrasa, y no puede haber buen gobierno.

P. Aclaradlo mas con otro ejemplo.

R. Si se preguntase á estos tres lo que se habia de comer en aquel dia, v. gr., y el uno dijese de carne, el otro de vigilia, y el otro de mezcla, podria suceder que por esto mismo no tuviesen que comer á la hora de sentarse á la mesa.

P. Y si solo el padre tuviese el gobierno?

R. Comerian á la voluntad de él, pero comerian.

P. Y debe suceder lo mismo en el Gobierno Monárquico.

R. Si señor, porque en este Gobierno el Rey es la cabeza, y el padre de todos, á los cuales ama y gobierna como á hijos suyos.

De las leyes.

P. Qué es ley?

R. Establecimiento hecho por la legítima potestad, en que se mandan ó se prohíben algunas cosas por la utilidad pública. (*Dic. de la Acad.*)

P. Para qué fueron hechas las leyes?

R. Para gobernar á los hombres, refrenar sus pasiones, y contenerles en los límites de lo justo, honesto y útil.

P. Por quién se hacen cumplir?

R. Por los Tribunales en nombre del Soberano ó de la Suprema Autoridad.

P. De qué tratan las leyes?

R. De los casos que pueden ocurrir á los hombres en la vida social.

P. Y qué determinan las leyes en estos casos?

R. Dar á cada uno lo que le corresponde por justicia.

P. Y no pudieran los hombres ser justos sin las leyes?

R. Si no fuesen dominados por sus pasiones, si señor.

P. Luego las leyes son indispensables en la sociedad?

R. Y tanto, que sin ellas la sociedad humana sería una sociedad de tigres.

P. Aclaradlo con un ejemplo.

R. Si Pedro v. g. fuese mas rico que Juan, y Juan mas fuerte que Pedro, las riquezas de Pedro podria apropiárselas Juan por tener mas fuerzas que él.

P. Y las leyes sujetan á Juan para que no pueda hacerlo?

R. Si señor, porque si lo hiciera, sería preso y castigado conforme á su delito; y como Juan lo sabe, ni le pasa por el pensamiento apropiarse lo que no es suyo.

P. Segun eso puede decirse que las leyes casi igualaron las fuerzas humanas?

R. Si señor, porque ante la ley el mas fuerte, el mas rico, y el mas sa-

bio, es igual al mas débil, al mas pobre, y al mas ignorante.

P. Con que ni la fortaleza, ni la riqueza, ni la sabiduría dan al hombre ningun derecho para oprimir á sus semejantes?

R. No señor, y esta es la virtud casi milagrosa de las leyes en un Gobierno establecido.

P. Luego si hubiese alguno que se atreviese á intentar contra las leyes por escrito ó de palabra, ó con obras, qué castigo merece?

R. Puede decirse que no hay un castigo suficiente para un crimen tan atroz.

De las leyes de España.

P. Qué entendemos por leyes de España?

R. Aquellas leyes por las cuales nos gobernamos los Españoles para sentenciar nuestros pleytos, sean civiles ó criminales.

P. Y en dónde se hallan estas leyes?

R. En nuestros Códigos, y principalmente en la Recopilacion, Partidas y Fuero Real.

P. Y quiénes estudian estos Códigos?

R. Los Abogados, Magistrados, y Jueces, tienen obligacion de saberlos, para sentenciar con acierto y con arreglo á justicia nuestros pleytos; pero son demasiado voluminosos para que puedan encomendarse á la memoria.

P. Luego no podrán estudiarse ni saberse con toda perfeccion?

R. En todo su contenido concedo; pero tampoco es preciso saber de memoria todo lo que contienen para sentenciar los pleytos segun la ley.

P. Pues cómo se hace entonces?

R. Como están divididos en materias y capítulos diferentes, y numeradas las leyes correspondientes á cada tratado, se buscan en estos Códigos las que pertenecen á cada uno de los pleytos que se han de sentenciar.

P. Pero eso lo harán los Magistrados, Abogados y Jueces, que podrán comprar unas obras tan costosas; pero no pudieran simplificarse las leyes, de forma que casi todos las entendiésemos, para saber vivir con arreglo á ellas en la sociedad?

R. Sin duda, y esto traería tantas ventajas y beneficios á la nacion, cuantas son las desdichas que acarrean los pleytos con el tiempo, y el dinero que se malgasta en ellos; y lo que es peor aún, con las desavenencias que originan entre las familias que han seguido un pleyto, cuyo rencor y venganza suele pasar de padres á hijos hasta la quinta generacion.

P. Y cómo no han trabajado sobre esto nuestros legisladores antiguos y modernos, siendo de tanta importancia en la sociedad?

R. Lo han hecho con nuestras leyes religiosas, simplificándolas, y reduciéndolas á preguntas y respuestas, de

forma que por medio de catecismos todos pueden saber y estudiar lo mas preciso de su religion para vivir segun ella.

P. Está muy bien, y esto es lo mas interesante y principal; pero no pudiéramos de la misma manera simplificar nuestra legislacion para saber conducirnos en la sociedad?

R. Si señor, y yá se ha demostrado esto mismo entre nosotros en el año pasado de 1829, en cuyo año se dió á luz el **COMPENDIO DEL DERECHO REAL DE ESPAÑA** por D. Juan Francisco Siñeriz en un tomo en 4º., libro en el cual se hallan simplificadas y reducidas á preguntas y respuestas 1958 leyes de la Recopilacion, Partidas y Fuero Real, por las cuales se sentenciaba la mayor parte de los pleytos en nuestros tribunales.

P. En qué forma está concebido este compendio del **DERECHO REAL DE ESPAÑA**?

R. En la manera siguiente: como

toda ley tiene su caso, el Autor puso una pregunta á cada ley, y en seguida la respuesta, con las palabras de la ley misma en el caso de la pregunta; y además á continuacion la cita de la ley para el que la quiera buscar en el Código correspondiente.

P. Y está claro y sencillo este compendio del DERECHO REAL DE ESPAÑA, de forma que todos podamos entenderle?

R. Es tan sencillo, que cualquier litigante puede por sí mismo saber en un cuarto de hora si la ley es favorable ó contraria á su pleyto antes de entrar en él.

P. Y de qué modo?

R. Buscando en el índice la materia de su pleyto, sea sobre testamentos, herencias, mayorazgos, donaciones, arrendamientos, compra y venta, &c. hasta 57 títulos ó tratados diferentes que contiene.

P. Sobre las compras y ventas sue-

le haber muchos pleytos, porque son muchos los casos que ocurren, ¿cuántas leyes tenemos en esta materia?

R. Ochenta y seis, que están sabidas en otras tantas preguntas y respuestas que hay en dicho compendio.

P. Pues si se han simplificado de esta manera 1958 leyes de España, no se podrá hacer lo mismo con todas las leyes del mundo?

R. Sí ciertamente; pero no lo han tenido por conveniente hasta ahora los Gobiernos antiguos ni los modernos, aunque es de esperar que algun día se apliquen al importantísimo trabajo de simplificar la legislación, por las indecibles ventajas que debe esto producir á las naciones y al mismo gobierno de ellas.

Del Soberano.

P. Quién es Soberano?

R. El que reúne en sí la soberanía,

ó lo que es lo mismo, la suprema autoridad.

P. Cómo gobierna el Soberano á sus pueblos?

R. Por medio de las leyes establecidas, que él solo puede alterar, y establecer otras, segun viere convenir.

P. Y á quién encarga la ejecucion de estas leyes?

R. Á sus Ministros, Consejos, Chancillerías, Audiencias, y demás Tribunales de su reyno.

P. Y cuando alguno de éstos no cumple con su deber?

R. Se apela de unos á otros Tribunales, hasta llegar al Soberano.

P. Quién tiene el derecho de declarar la guerra ó hacer la paz?

R. Solo el Rey.

P. Y el de imponer contribuciones, aumentarlas ó disminuirlas?

R. Nadie puede hacerlo sino el Rey ó el Soberano.

P. Las palabras de Rey y Soberano son una misma cosa?

R. En España si señor; pero en otros reynos, si el Rey no reúne en sí toda la soberanía, no es Soberano.

P. La persona del Rey es inviolable?

R. Si señor, y el atentar contra ella es el mayor de los delitos, por lo cual se llama crimen de lesa magestad.

Del amor al Soberano.

P. Por qué debemos amar todos á nuestro Rey?

R. Porque despues de Dios, que es el padre de todas sus criaturas, el Rey es nuestro padre comun en la tierra, nuestro bienhechor, nuestro protector, nuestro director, y nuestro juez.

P. Y nos ama él á todos igualmente?

R. Si señor, de la misma manera que un padre ama á todos sus hijos, á quienes desea la mayor felicidad.

P. Qué delito comete el que no ama ni obedece á su Rey?

R. Comete un delito mayor aún que el hijo que no obedece á su padre.

P. Y qué castigo debe darse á este mal hijo?

R. Los Romanos daban á los padres el derecho de vida y muerte sobre los hijos.

P. Y por nuestras leyes?

R. Aunque la mayor parte de nuestras leyes han sido tomadas de los Romanos, como que han sido los mas sabios legisladores que conocemos, en este punto nos hemos separado de ellos, porque el padre no puede matar al hijo rebelde.

P. Qué puede hacer pues de él?

R. Si el padre no puede castigarle ó sujetarle, puede entregarle al brazo de la justicia, para que le juzgue y sentencie segun la gravedad de sus delitos.

P. Y por qué es mayor el delito del

que es rebelde á su Rey, que el del hijo que es rebelde á su padre?

R. Porque la rebellion contra un padre puede ser trascendental á su familia, ó poco mas; pero la rebellion contra el Rey es trascendental á todas las familias del reyno, cuyas desgracias no pueden calcularse.

P. Luego el que promueve una rebellion contra el Estado es el mayor de los delincuentes?

R. Si señor, y debe ser tenido por un enemigo declarado de Dios y de los hombres.

Del respeto al Gobierno y á las leyes.

P. Es lícito desobedecer á las leyes y al Gobierno?

R. Jamás puede serlo.

P. Y si hubiese alguno que se atreviese á aconsejarlo?

R. Al momento debe ser denuncia-

do á la justicia, para prenderle y castigarle como al mayor de los delin-
cuentes.

P. Por qué se le considera como tal?

R. Porque el que aconseja la desobediencia y la rebelion contra el gobierno y las leyes, pretende atraer sobre nosotros todos los horrores de la anarquía.

P. Qué es anarquía?

R. El desconcierto de la sociedad, en la cual si faltan las leyes, y el gobierno, se abrió la puerta al desenfreno de todas las pasiones humanas.

P. Qué ha sucedido en los reynos que se han visto en una anarquía?

R. Todas las desgracias de la humanidad; como la muerte, el saqueo, el robo, el pillaje, el asesinato, el estupro, el sacrilegio, el libertinaje, el escándalo, la irreligion, con todos los demás crímenes, y todo esto despues de haber corrido rios de sangre humana por todas partes.

P. Qué fin se puede proponer el que pretende envolvernos en tantos males?

R. Mejorar él de suerte.

P. Y si dijese que lo hace por mejorar la de los pueblos?

R. Se le debe contestar y confundir diciéndole, que para esto nunca puede ser necesario el crimen de una rebellion contra el Estado, porque si los pueblos fuesen de alguna manera perjudicados, es siempre contra la voluntad del Soberano, y sin saberlo él; en cuyo caso si se le representa, y se le hace conocer en quién está la culpa, él lo remedia por sí solo, y castiga al que obra contra su Real voluntad.

De la sucesion á la Corona de España.

P. Qué entiende vmd. por la sucesion á la Corona en España?

R. El derecho de heredar nuestros Reyes la Monarquía Española.

P. En qué se funda este derecho?

R. En nuestras leyes inalterablemente observadas por ocho siglos.

P. En qué mas?

R. En una posesion inmemorial que es un justo título de adquisicion.

P. En qué mas?

R. En la justicia, razon y conveniencia en que están fundadas estas mismas leyes, y la posesion inmemorial.

P. Cómo es considerada en España la sucesion á la Corona?

R. Como un mayorazgo regular, por lo cual todos los mayorazgos regulares en España se gobiernan por la sucesion á la Corona. (*Ley 2. tit. 15.*

P. 2.)

P. Y cuál es el orden de suceder por esta ley en la corona de España y en todos los mayorazgos regulares?

R. El de seguir siempre la línea recta hasta concluirla, antes de pasar á la transversal. (..... é posieron, que

el Señorío del Regno heredasen siempre aquellos que viniesen por línea derecha, et por ende establecieron que si fijo varon hi non hobiese, la fija mayor heredase el reyno). (*Ley 2. tit. 15. P. 2.*)

P. Qué es línea recta?

R. La que sigue de padres á hijos, nietos, biznietos, terceros, cuartos, quintos, &c. hasta concluir.

P. Y qué se determinó en esta línea por nuestras leyes para suceder en la Corona, y en los mayorazgos regulares?

R. Que el primogénito, siendo varon, es el que hereda la Corona ó mayorazgo.

P. Qué mas?

R. Que si faltase el primogénito y su descendencia, pase la sucesion al segundogénito en la propia forma.

P. Y si no hubiese varon en la línea recta?

R. Está determinado por nuestras

leyes que pase la sucesion á las hembras por el mismo orden; á saber: á falta de varon hereda la primera hembra y sus descendientes, y á falta de éstos la segunda hembra y sus descendientes, y así sucesivamente. (*Ley 2. tit. 15. P. 2.*)

P. Y cuándo pasará la sucesion á la línea transversal de los hermanos, tios ó parientes del último poseedor?

R. Cuando no se halle una sola persona en los descendientes por línea recta del último poseedor de la Corona ó mayorazgo (..... pero si todos estos fallesciesen debe heredar el reyno el mas propinco pariente que hi oviese, seyendo home para ello, et non habiendo fecho cosa por que lo debiese perder). (*Ley 2. tit. 15. P. 2.*)

P. Y en qué forma es llamada la línea transversal?

R. En la propia forma que son llamados los de la línea recta, cuando no los hay en ésta.

P. Explicadlo con toda claridad.

R. Si el último poseedor de la Corona ó mayorazgo no dejase hijos varones ó hembras, ni otros descendientes, entrará á la sucesion el hermano que le sigue.

P. Y cuándo pasará la sucesion á un hermano tercero si le hubiese?

R. Cuando se acaben todos los descendientes varones y hembras del segundo hermano.

P. Y si no hubiese hermanos del último poseedor de la Corona ó mayorazgo?

R. Pasará la sucesion á sus tios, primos, ó parientes mas inmediatos en la propia forma, es decir, prefiriendo siempre el varon á la hembra, y la línea recta á la transversal.

P. Qué regla debe observarse en la sucesion de la Corona ó mayorazgo regular?

R. Atender primero á la línea, segundo al grado, tercero al sexo, y

cuarto á la mayor edad. (*Sala, de Mayorazgos, regla 4.^a*)

P. Si el último poseedor de la Corona ó mayorazgo no tuviese hijos varones sino hembras, podrá llamar á la sucesion á un hermano suyo?

R. En ninguna manera.

P. Por qué?

R. Porque no puede disponer de lo que no es suyo, privando á sus hijas del derecho que las concede la ley, y la voluntad de sus mayores que así lo han determinado.

P. Por qué las leyes están tan cuidadosas y preventivas en estos casos?

R. Por no dejar dudas en la sucesion á la Corona, cuyo orden de suceder, sino estuviese tan marcado, originaria reyertas, discordias, y guerras civiles, que ocasionarian millares de desgracias en la nacion.

P. Hay algun ejemplo en este caso por la sucesion á la Corona de España?

R. Si señor, hay las guerras de sucesion entre Felipe V., y el Archiduque Carlos de la Casa de Austria.

P. Por qué disputaban estos dos Príncipes la sucesion á la Corona de España?

R. Por que ámbos se consideraban con justos títulos, aunque muy diversos, para suceder en la Corona de este reyno.

P. Y qué ha ocurrido en España con este motivo?

R. Que unas provincias se declararon por un Príncipe, y otras por otro; y se originaron de aquí las guerras de sucesion, que causaron tantos daños y perjuicios entre los Españoles.

P. Y cómo se ha terminado esta guerra?

R. Con la muerte del Emperador de Alemania fué llamado su hijo Carlos á la sucesion del Imperio, y desistió de la guerra de España con la paz que se ha firmado en Utrech.

P. Y qué se ha establecido en la paz de Utrech?

R. Que se reconociese á Felipe V. por Rey de España con ciertas condiciones que impidiesen la reunion en una misma persona , de las Coronas de España y Francia.

P. Y qué hizo Felipe V. en cumplimiento de estas condiciones para asegurar en su familia la Corona de España?

R. Trató de excluir las Infantas de la sucesion á la Corona española para dicho objeto , y condescender con los deseos de la Francia , que tuvo empeño , en modelar por las suyas las leyes de sucesion á la Corona de España.

P. Y qué derecho tenían la Francia, ni aun todas las demás Naciones , á trastornar nuestras leyes de ocho siglos , y nuestra establecida y sancionada sucesion á la Corona de España?

R. Ninguno ; y por tanto de nada

vale ni sirve cuanto han hecho, como de nada serviría ni valdría cuanto nosotros hiciésemos para trastornar la sucesion de los demás reynos.

P. Y se ha verificado alguna vez en España esta determinacion de Felipe V.?

R. Jamás; y para que nunca llegase á verificarse, el Sr. D. Carlos IV., padre de nuestro augusto Rey el Señor D. Fernando VII. (que Dios nos guarde), abolió y derogó aquella resolucion en las Cortes del año de 1789, de acuerdo con el brazo Eclesiástico, teniendo las mismas facultades para derogarla, que Felipe V. para establecerla sin contar con los Obispos y demás Prelados del reyno.

P. Qué diferencia hay en estas determinaciones entre Felipe V. y Carlos IV.?

R. Hay la gran diferencia en que Felipe V. trastornaba todas nuestras leyes y costumbres sobre la sucesion

á la Corona de España, y Cárlos IV. restableció estas mismas costumbres y leyes de ocho siglos, restituyéndonos los sabios acuerdos, decretos y fundaciones de nuestros mayores.

P. Hemos tenido en España Reynas que hayan heredado la Corona de esta Monarquía?

R. Si señor, hemos tenido varias, con cuyos enlaces se han reunido en una sola Corona todas las de este reyno.

P. Cuál ha sido la última Reyna que hemos tenido de esta clase?

R. La augusta Isabel la Católica, á la cual debemos la reunion de la Corona de Aragon á la de Castilla, y por la cual se han descubierto las Américas, que tal vez á estas horas nos serían desconocidas, á no ser por las singularísimas virtudes de esta Reyna.

*De las Actas de las Cortes de
Madrid de 1789.*

P. Por quién fueron convocadas estas Cortes?

R. Por una Real convocatoria circulada á todas las ciudades y villas de voto en Cortes, y firmada por el Rey el Señor D. Carlos IV. con fecha de 31 de Mayo de 1789.

P. Para qué fueron convocadas?

R. Para jurar y prestar pleyto homenaje al Príncipe de Asturias el Señor D. Fernando VII. (que Dios nos guarde), y para tratar de otros asuntos convenientes al bien de estos reynos.

P. Cuándo se han instalado estas Cortes?

R. El dia 19 de Setiembre del mismo año á las once de la mañana en el salon de palacio del Buen Retiro, señalado por S. M. el Señor D. Carlos IV.

P. Y cuándo y en dónde se hizo el juramento solemne al Señor Don Fernando VII., como Príncipe de Asturias y heredero del Trono?

R. En el día 23 de dicho mes y año en el Monasterio de San Gerónimo, á presencia de los Reyes, y con asistencia de las clases y personas á quienes toca en tales casos.

P. De qué mas han tratado estas Cortes despues de haber jurado al Príncipe de Asturias?

R. Hicieron á S. M. varias peticiones los Diputados de estos reynos, y entre ellas le suplicaron la abolicion de la ley Sálica que habia tratado de introducir aquí Felipe V., por la cual excluía de la sucesion á la Corona de España á las señoras Infantas.

P. En qué fundaban las Cortes esta peticion?

R. En ser contraria á nuestras leyes fundamentales de sucesion cons-

tantemente observadas por 700 y mas años.

P. En qué mas?

R. En que por nuestras leyes de suceder las hembras á falta de varon se habian reunido las dos Coronas de Leon y Castilla por el matrimonio de Doña Berenguela, madre del Señor San Fernando, con D. Alonso de Leon.

P. En qué mas?

R. En que por nuestras leyes de sucesion se habia reunido tambien la Corona de Aragon á la de Castilla por el matrimonio de la Reyna Doña Isabel la Católica con el Rey D. Fernando.

P. En qué mas fundaron la peticion?

R. En la notoria injusticia de Felipe V., que habiendo subido al trono por el derecho de su abuela Doña María Teresa de Austria, trató de abolir este mismo derecho.

P. En qué mas?

R. En que sin embargo de haber renunciado la referida Doña María Teresa de Austria su derecho á la Corona de España al tiempo de su matrimonio con el gran Luis XIV. Rey de Francia, no fué considerada por bastante esta renuncia.

P. Y por qué?

R. Porque aunque pudiese privarse á sí misma de este derecho, no podia privar del mismo modo á sus hijos y nietos de lo que les habian concedido nuestras leyes, nuestros fundadores, y la costumbre inmemorial.

P. Y qué contestó el Señor D. Carlos IV. á la petition de la Cortes sobre la derogacion de la ley Sálica introducida por Felipe V.?

R. Que lo consultaria para determinar lo que fuese conforme á justicia.

P. Y con quién lo ha consultado?

R. Nada menos que con catorce Prelados, Arzobispos y reverendos Obis-

pos representantes por el brazo Eclesiástico de estos reynos.

P. Y cuál ha sido su dictámen en este punto?

R. Que S. M. el Señor D. Carlos IV. estaba obligado en conciencia y en justicia á acceder en un todo á la peticion de las Cortes sobre la derogacion del auto acordado quinto tit. 7.^o libro 5.^o por el cual se alteraba el órden de suceder en la Corona de España, señalado en nuestra antigua ley 2.^a tit. 15. P. 2.^a constantemente observada.

P. En qué mas fundaron su dictámen?

R. En que no se habia pedido por estos reynos al Señor D. Felipe V. una novedad tan extraordinaria, ni menos se habia contado para ella con el brazo Eclesiástico, ni pedido el dictámen de sus Prelados.

P. En qué mas se fundaron?

R. En las mismas palabras de nuestra ya citada ley de Partida, copiadas

al efecto á la letra (é esto usaron siempre en todas las tierras del mundo, do el señorío ovieron por linage, et mayormente en España &c.)

P. En qué mas?

R. En un poderosísimo argumento que hicieron á S. M. en forma de dilema del modo siguiente: “ó pudo el
 „Señor Felipe V. sin el brazo Eclesiástico
 „alterar la costumbre inmemorial de España sobre la sucesion de
 „la Corona, ó no pudo. Si pudo destruir todo nuestro derecho antiguo,
 „y aun el orden de la naturaleza, mucho mejor puede V. M. volver las
 „cosas á su sér primitivo, natural y civil, regular y antiguo establecimiento, é inmemorial costumbre: y
 „si no pudo, V. M. está obligado en conciencia y en justicia á acceder á
 „la peticon de estos reynos.”

P. Y qué ha resuelto el Señor D. Carlos IV. en este punto tan sábiamente premeditado?

R. Ordenar á los de su Consejo expedir á su debido tiempo la pragmática sancion que en tales casos corresponde y se acostumbra.

P. Qué mas se halla concerniente á este punto, y reunido al libro de Cortes de 1789?

R. Un documento interesantísimo inserto en un expediente formado por orden de la junta Central en Sevilla en 28 de Diciembre de 1809 á solicitud del Ministro de Portugal.

P. Qué pretendia este Ministro?

R. Que se declarase la eventual sucesion de la Corona de España en la Serenísima Señora Infanta Doña Carlota, Princesa del Brasil, como hermana primogénita de nuestro Rey el Señor D. Fernando VII., mediante hallarse éste cautivo en Francia con toda la Real Familia por el Emperador Napoleon.

P. Y cuál es el documento interesante que se halla en aquel espe-

diente relativo á este punto?

R. Una consulta del Consejo de España é Indias, compuesto de Ministros de todos los Consejos, excepto el de la Guerra.

P. Á qué está reducida?

R. Á probar con las razones mas convincentes la nulidad de la ley Sálica decretada aquí por Felipe V., por la cual echa por tierra aquel mismo derecho que le habia dado por herencia la Corona de España.

P. Con qué mas razones prueba la nulidad de aquella ley?

R. Con la falta de representacion por las Américas, cuyo orden de suceder en aquellos dominios alteró tambien Felipe V., cuando habian sido conquistadas para la Reyna Católica y sus legítimos descendientes.

P. Qué mas razones alega?

R. Las noticias que habia de haberse opuesto á esta innovacion el Consejo, y que si se registrasen sus archi-

vos (que entonces se hallaban en poder de los Franceses) tal vez se podría comprobar el hecho.

P. Qué mas razones se alegan en la consulta del Consejo?

R. La de que ya en los años de 84 y 85 se proyectaba echar por tierra dicha ley Sálica; y con el objeto de reunir las dos Coronas de España y Portugal en su caso, se habian hecho ya los dos matrimonios de Doña Carlota con D. Juan, y D. Gabriel con Doña Mariana.

P. Qué mas?

R. La de calificar por justa la solicitud del Ministro de Portugal sobre el derecho á esta Corona por la Serenísima Infanta Doña Carlota, hallándose cautivos sus legítimos sucesores, preferidos á ella por nuestra Ley 2.^a tit. 15. Part. 2.^a

De los Secretarios de Estado.

P. Quiénes son los Secretarios de Estado?

R. Los que conocemos con el nombre de Ministros, como el de Estado, el de Gracia y Justicia, el de Guerra, Marina, Hacienda &c.

P. Cuáles son sus principales obligaciones?

R. La de hacer cumplir cada uno en su clase las Reales órdenes y decretos de S. M.

P. Y no tiene cada uno sus atribuciones distintas de las del otro?

R. Si señor, al de Estado v. g. le pertenece el despacho de las resoluciones de S. M. con respecto á los gabinetes de los reynos extranjeros sobre la paz ó la guerra, sobre comercio &c.

P. Y al de Gracia y Justicia?

R. Las resoluciones de S. M. cuan-

do hace justicia y gracias suelen ir por este Ministerio.

P. Y al de Guerra?

R. Le corresponde el despacho de las resoluciones de S. M. respecto del ejército de Infantería, Caballería, Artillería &c.

P. Y al de Marina?

R. Todo lo que resuelve S. M. respecto á la Real Armada vá por el Ministerio de Marina.

P. Y al de Hacienda?

R. Tiene el despacho de las resoluciones de S. M. respecto de la Real Hacienda y sus empleados en ella.

P. Y cómo hacen cumplir los Ministros las Reales órdenes y decretos de S. M.

R. Encargando á las autoridades subalternas la ejecucion de ellas, hasta dar el debido cumplimiento á la resolución del Soberano.

P. Y no suele alguna vez haber algun descuido ó flojedad en las autori-

dades inferiores sobre la ejecucion de las Reales órdenes y decretos de S. M.?

R. Si señor; y entonces es cuando los pueblos pueden ser perjudicados contra la pura intencion del Sobe-rano, y tambien sin culpa de sus Ministros.

P. Qué se debe hacer en este caso?

R. Representar al Rey haciéndole coñocer en quién está el daño para que lo remedie, como lo remediará sin duda, porque todos los reyes de la tierra no tienen ni deben tener otro interés que el mayor bien y felicidad de sus pueblos, en lo cual estriva tambien su propia felicidad.

De los Tribunales.

P. Qué es Tribunal?

R. Una autoridad dada por el Soberano á uno ó mas jueces para que hagan justicia en su nombre, y dén á cada uno lo que es suyo.

P. Hay muchos tribunales en un reyno?

R. Si señor, porque son muchos los individuos á quienes hay que gobernar, y no hay ninguno que no pertenezca á algun tribunal de justicia.

P. Y por qué habrá determinado el Soberano que se pueda apelar de un tribunal inferior á otro superior?

R. Porque siendo tantas las flaquezas del hombre, puede suceder, que por ignorancia ú otras causas, no se haga recta justicia á sus vasallos en un tribunal; y quiere que en otro superior puedan hallar el remedio.

P. Y qué mas ha hecho el Rey en beneficio de sus pueblos?

R. Que si fuese dable que en todos los tribunales se faltase á la justicia (lo que no es creible), quiere que le representen á él para hacerla por sí mismo.

P. Y puede presentarse un cualquiera al Soberano?



R. Hasta el mas infeliz pordiosero puede llevarle su memorial, y él lo admite y lo recibe de su mano con la mayor benignidad.

Del amor á la Patria.

P. Qué entendéis por amor á la Patria?

R. Un cordial afecto al reyno en que vivimos con nuestro Soberano, nuestro gobierno, y nuestras leyes.

P. Quienes son los que tienen un verdadero amor á la Patria?

R. Los que están prontos á hacer por ella toda clase de sacrificios, no solo de intereses, sino tambien hasta dar la vida y morir por la Patria.

P. ¿Y ha habido en la nacion Española muchos hombres dotados de estas eminentes cualidades?

R. Ha habido de éstos en todos los tiempos, como atestigua la historia, que en raras naciones presenta ejem-

plos semejantes á los de Numancia y Sahagunto: hechos como los que distinguieron la constancia y valor de los Españoles en las batallas tenidas contra los Sarracenos; y sufrimiento en los trabajos, magnanimidad en los reveses, é intrepidez en los ataques, iguales á los de los Españoles que descubrieron y conquistaron las Américas.

P. ¿Y no hemos tenido tambien héroes de esta clase en la guerra contra Napoleon?

R. Si señor, muchísimos, siendo los primeros las víctimas del 2 de Mayo de 1808 sacrificadas en Madrid por los Franceses.

P. Cuál ha sido el fin que se han propuesto estos héroes?

R. Ningun otro sino el de oponerse al dominio del usurpador en defensa de nuestra Religion, de nuestro Rey, nuestro gobierno, y nuestras leyes.

P. Y se ha conseguido el fin que ellos se han propuesto?

R. Si señor, porque con su ejemplo se levantaron todas las Provincias del reyno, y declararon la guerra al tirano hasta que le arrojaron de todos los dominios de España.

P. Cómo pudieron hacer la guerra todos los Españoles, si los mas de ellos jamás habian tomado en las manos un fusil?

R. Pues sin embargo, todos ó casi todos se armaron, unos de una manera y otros de otra, formaron regimientos, nombraron gefes y oficiales, organizaron ejércitos que con el tiempo se fueron disciplinando, se batieron con el enemigo, y le persiguieron en todas las Provincias del reyno.

P. De qué otro modo hicieron la guerra los Españoles?

R. Formaron guerrillas, que por todas partes acosaron á los Franceses, sorprendiéndoles y quitándoles

los víveres, y privándoles de toda clase de recursos.

P. De qué otro modo les hicieron la guerra?

R. Emigrándose pueblos enteros á los montes, sin dejar con que subsistir al enemigo en los puntos que ocupaba.

P. Qué partido tomaba entonces?

R. Pasarse á otro punto á donde le sucedia lo mismo, sin que pudiese conquistar jamás los pueblos, sino los edificios que luego tenia que abandonar.

P. Segun eso, los ejércitos de la Francia nunca llegarían á dominar la España.

R. Continuando con la misma constancia los Españoles era imposible sujetarles, porque en cada habitante hallaban un enemigo; y hasta las mujeres les han hecho la guerra de cuantas maneras les ha sido posible.

P. Y se hubiera tenido esta misma constancia si durase la guerra por mas tiempo?

R. Ochocientos años han sido constantes los Españoles en la guerra contra los Moros, hasta que los arrojaron á todos de su territorio.

De las contribuciones ó impuestos.

P. Qué es contribucion?

R. Una renta con que todos debemos contribuir para sostener las cargas del Estado.

P. Son muchos los gastos del Estado en un reyno?

R. Muchísimos, porque es preciso sostener el Culto Divino, un Ejército, una Marina, á los empleados en la Real Hacienda, y á los Tribunales de justicia &c.

P. Qué mas?

R. Es preciso sostener al Soberano con la correspondiente magestad del Trono, como que es la principal Persona de la nacion.

P. Y á toda la Real Familia?

R. Es igualmente preciso sostenerla con toda la dignidad perteneciente al Soberano, que es la cabeza de todos.

P. Qué mas gastos son precisos en un Estado?

R. Es indispensable hacer caminos y canales para la circulacion interior y exterior de nuestras producciones.

P. Qué mas?

R. Es necesario que haya establecimientos públicos como universidades, hospicios, colegios, seminarios, y dotarlos competentemente para dar carrera á los jóvenes.

P. Y hay además otros gastos?

R. Son tantos los que hay, que no se podrian referir en este libro.

P. Según eso puede ser muy difícil saber gobernar un reyno?

R. La experiencia nos ha enseñado que los que se han atrevido á trastornar un gobierno para gobernar ellos á su manera, no han cometido sino desgracias, errores y desaciertos.

De los efectos de la paz en una nacion.

P. Decidme: entre las ventajas que se experimentan por la paz en un Estado, cuál es la principal de todas?

R. La vida del hombre, que no tiene comparacion con ninguna otra.

P. Pues en qué riesgo se halla la vida de los hombres cuando falta la paz?

R. En el mayor de todos, porque las consecuencias de una guerra no pueden calcularse.

P. Pues yo entendia que solo peligraba la vida de los que componen los ejércitos?

R. Aunque no fuese mas que esto, era ya lo bastante; pero nadie puede contar con la vida segura en una guerra, porque no se sabe hasta donde la llevará el enemigo, ni de qué modo la hará.

P. Segun eso muchos sacrificios deben hacerse por conservar la paz?

R. Así se hacen, y solo cuando no alcanzan ni se puede hacer mas, es cuando se entra en una guerra que entonces es inevitable.

P. Qué mas ventajas nos resultan de conservar la paz en la nacion?

R. Los adelantamientos y mejoras en nuestra agricultura, en nuestras artes, fábricas, manufacturas, comercio é industria.

P. Qué mas?

R. El ahorro de los gastos inmensos que son precisos é indispensables en una guerra.

P. Qué mas ventajas resultan?

R. La quietud y tranquilidad gene-

ral, para poder andar libremente por todo el reyno á nuestros negocios, con los cuales nos proporcionamos la correspondiente subsistencia.

P. Qué mas?

R. La seguridad de nuestras haciendas é intereses, que ninguno puede contar con ellos en una guerra.

P. Qué mas?

R. El honor de nuestras mugeres y de nuestros hijos, que solo en una paz podemos conservarle.

P. Qué mas?

R. La práctica de nuestra Religion, y el ejercicio de nuestras leyes, que pierden toda su fuerza cuando se ha perdido la paz en el Estado.

P. Qué mas ventajas nos resultan?

R. Son tantas que no es posible calcularlas, porque si en una casa de familia, donde no reyna la paz, se ven tantas calamidades y desdichas, ¿qué no sucederá en una nacion que se com-

pone de tantas familias y de tantos individuos?

De la guerra y sus efectos.

P. Qué es guerra?

R. Desavenencia y rompimiento de paz entre dos ó mas potencias. (*Dic. de la Acad.*)

P. Cuándo es preciso hacer la guerra?

R. Cuando es forzoso hacerla por defender nuestra Religion, los derechos de nuestro Soberano, y los intereses de nuestra nacion.

P. Estamos todos obligados á sostenerla, y á concurrir proporcionalmente á sus gastos?

R. Si señor, porque todos tenemos en ella un interés en razon de las circunstancias de cada uno.

P. Por qué tenemos todos un interés en sostener la guerra?

R. Porque si llegase á vencer el

enemigo, nos puede atacar nuestra Religion, usurparnos nuestra hacienda, y deshacer toda nuestra fortuna y nuestra suerte.

P. Segun eso no solo estaremos obligados á concurrir todos para sus gastos, segun las facultades de cada uno, sino que deberemos tambien defender el Estado con nuestras personas y nuestras vidas?

R. Si señor; y así lo hemos hecho en el año de 1808 en defensa de nuestro Rey, de nuestra sagrada Religion, y de todos nuestros derechos contra el usurpador Napoleon, cuyos ejércitos hemos destruido, y desechado de nuestro territorio, contribuyendo así con todos los demás de la Europa al exterminio del Emperador de los Franceses.

P. Y hemos experimentado en esta guerra las pérdidas y desgracias que son consiguientes?

R. Si señor; hemos sufrido en ella

toda clase de calamidades, porque hemos visto profanados los templos, robados los vasos sagrados, violadas las mugeres, saqueadas las casas, incendiados los pueblos, asesinados y degollados sus habitantes; por todo lo cual hemos andado errantes y fugitivos por los montes, padeciendo hambre, desnudez y miseria, sin ser osados á volver á nuestros hogares ínterin los ocupaba el enemigo.

P. Cuál ha sido la causa de una guerra tan desoladora?

R. La mayor de las perfidias de que apénas hay ejemplo en la historia.

P. Explicadla?

R. El Emperador de los Franceses, siendo nuestro aliado, ocupó bajo un falso pretesto nuestras plazas fuertes, introdujo sus ejércitos en nuestro reino, nos llevó á Francia á nuestro Soberano y á toda la Real Familia, y les obligó allí á todos á abdicar en él la Corona de España, que cedió despues á

su hermano José, quien ha reynado aquí por la fuerza, hasta que le hemos arrojado de nuestro territorio con todos sus ejércitos, habiendo tenido la gloria de rescatar á nuestro Rey, y ver destronados al Emperador Napoleon y á su hermano José.

De las Revoluciones.

P. Qué es revolucion?

R. El desconcierto del gobierno y las leyes, y el trastorno de todo el órden social.

P. Cuáles son las últimas revoluciones que conocemos?

R. La principal de todas ha sido en la Francia en el año de 1789.

P. Qué efectos ha producido allí?

R. Quitar la vida al justo Rey Luis XVI., trastornar el gobierno, y ocasionar millares de víctimas sacrificadas por el furor de los revolucionarios.

P. El gobierno que se ha sustituido entonces ha sido permanente?

R. No señor; muy luego se ha mudado otra forma de gobierno, y despues otras, corriendo rios de sangre humana en cada una de estas mudanzas.

P. Cuál era la causa principal de todas estas desgracias?

R. La ambicion, y el deseo de mandar los unos sobre los otros.

P. Y cuándo se han disminuido tantas calamidades?

R. Cuando Napoleon se levantó con el mando, y los ha sujetado á todos por medio del terror.

P. Cómo ha gobernado Napoleon á los Franceses?

R. Introduciendo en ellos el espíritu de conquista, para lo cual decretó conscripciones, organizó y sacrificó ejércitos, el uno de los cuales llegaba á medio millon de hombres.

P. Y ha conquistado con ellos algunos reynos?

R. Si señor; pero todo lo ha perdido despues, y acabó muriendo desterrado en una Isla.

P. Cuántas muertes habrá ocasionado en la Francia y en la Europa con sus guerras el Emperador Napoleon?

R. No pueden calcularse con exactitud los millones de víctimas sacrificadas por su ambicion.

P. Segun eso, si los Franceses se hallasen hoy en el caso de escoger entre Luis XVI. y Napoleon, ¿á quién elegirían?

R. Puede casi asegurarse que no se hallará uno solo en la Francia que en competencia de Napoleon Bonaparte no prefiriese al virtuosísimo Luis.

P. Luego para qué ha servido la revolucion de 1789?

R. Para perder la paz y quietud en que vivian cuando les gobernaba Luis XVI.

P. Para qué mas?

R. Para introducir entre ellos una continua discordia por la diferencia de opiniones nacidas de la misma revolucion.

P. Para qué mas?

R. Para sufrir las desgracias que han padecido en los demás trastornos que se han seguido despues.

P. Para qué mas?

R. Para introducir en otros reynos de Europa el mismo espíritu revolucionario, que ha ocasionado iguales desgracias y padecimientos en donde quiera que se ha formado una revolucion.

P. Y ántes del año de 1789 se gozaba de otra paz y quietud en la Europa?

R. Nuestros abuelos no han conocido estas calamidades que nos afligen por todas partes desde dicho año.

P. Y cuándo volverémos á gozar de la paz y tranquilidad en que han vivido nuestros antepasados?

R. Cuando seamos todos sumisos y obedientes á nuestro gobierno y á nuestras leyes.

Del honor militar.

P. Qué entendeis por honor militar?

R. Aquel delicado pundonor que debe haber en el Soldado (de cualquiera clase que sea) para estar siempre decidido á perder mil veces la vida, antes que faltar al juramento de seguir sus banderas en defensa del Rey y de la patria.

P. Cómo es considerado el militar sin honor?

R. Como un miembro corrompido del cuerpo á que pertenece, en tal grado, que se le considera por indigno de alternar con los demás.

P. Cómo se adquiere el honor militar?

R. Con la mas ciega obediencia á las órdenes de sus gefes, desempeñan-

do cumplidamente cada uno las obligaciones de su puesto; y en una palabra, con la observancia de la mas rigurosa disciplina.

P. Y no le es lícito al subalterno examinar si las órdenes que se le comunican son justas ó injustas?

R. Jamás puede mezclarse en este exámen para dejar de obedecer.

P. Y por qué?

R. Porque en tal caso no habria ejércitos ni fuerza militar, así como tampoco habria justicia ni tribunales si nos fuese permitido desobedecer las leyes.

P. Qué servicios pueden esperarse del militar que se conduce con honor?

R. La salvacion de la patria pende muchas veces únicamente del honor militar.

P. Con qué clase de premios se puede recompensar al que ha salvado la patria?

R. Ninguno hay que alcance á re-

munerarle debidamente, porque aunque el Soberano le premiára con todos los grados y honores correspondientes, todavía no está suficientemente recoinpensado.

P. Luego el honor militar no puede fundarse en premios ni recompensas?

R. No señor; otro origen mucho mas noble debe tener el verdadero honor militar.

P. Y cuáles?

R. La satisfaccion incomparable que debe sentir en haber servido en grado eminente al Rey y á la patria, por cuyos servicios afianzó y aseguró para sus contemporáneos y descendientes la Religion, el gobierno y las leyes.

Del carácter español.

P. Qué es carácter?

R. El distintivo ó señal por la cual

se distinguen los hombres entre sí.
(*Dic. de la Acad.*)

P. Qué cualidades distinguen principalmente á los Españoles entre otras naciones?

R. Primeramente son muy conocidos por su constancia y verdadero amor á su Religion.

P. En qué lo han comprobado?

R. En no haberla variado en tantos siglos, como lo han hecho otras naciones.

P. En qué mas?

R. En no haberse contagiado con la de los Moros que habitaron el suelo español por ochocientos años.

P. En qué mas?

R. En haberles hecho una guerra constante por todo este tiempo, hasta arrojarlos de todos los dominios de España.

P. En qué mas?

R. En haber descubierto un nuevo Continente y haberle conquistado, lle-

vados principalmente del espíritu de extender su Religion por todas partes.

P. Cuál era la máxima de Felipe II. en este punto?

R. Cuando el descubrimiento de las Islas Filipinas, dijo: "que por edificar
 „una sola ermita en la cual se diese
 „culto al verdadero Dios, sacrificaría
 „gustoso todos sus tesoros."

P. En qué otra cualidad se distinguen principalmente los Españoles?

R. En un decidido amor á su Rey, con mucho mayor entusiasmo por él que las demás naciones.

P. Y se han distinguido los Españoles con su Rey y su gobierno monárquico en algun tiempo?

R. En el siglo XVI, con la Conquista de las Américas, la de las Islas Filipinas, la reunion de Portugal, provincias unidas de Flandes, y demás, ha sido el reyno de España uno de los mayores del mundo.

P. Qué se llegó á decir del Monar-

ca español en aquel tiempo?

R. Que no se ponía el sol en sus Estados, porque desde oriente á occidente bañaba sus dominios.

P. Y se han distinguido igualmente en artes, ciencias, fábricas, y manufacturas los Españoles?

R. En el tiempo dicho eran los únicos que todo lo poseían en grado eminente, haciendo ver al mundo su aptitud universal, por sus señaladas luces, por su religiosidad, amor al Rey y á la patria, por su valor, su constancia, su solidez, magnanimidad, y demás cualidades propias del carácter español.

De los periódicos.

P. Qué entendemos por periódicos?

R. Todos los papeles públicos que salen á luz (con periodo ó sin él), relativos á las noticias del reyno y de los extranjeros.

P. Son muchos los que los léen?

R. Muchísimos; pero los que los entienden muy pocos.

P. Y por qué?

R. Porque para la verdadera inteligencia de los papeles públicos es preciso haber estudiado mucho, y tener muchísimos conocimientos.

P. Y entonces de qué puede aprovechar su lectura al que no los entiende?

R. Para hacerse ridículo cuando se propone hablar de noticias, de política, de gobierno &c., sin saber lo que se dice.

P. Pues yo oigo por todas partes tratar de esto mismo á hombres y mugeres?

R. Por eso oirá V. por todas partes desatinos, embustes, inverosimilitudes, y tambien imposibilidades.

P. Pues qué estudio debe ser preciso para entender como corresponde los papeles públicos?

R. En primer lugar es necesario ha-

ber estudiado la historia de todos los reynos de que hablan los periódicos, para entender lo que se diga de cada uno.

P. Y qué mas?

R. Es indispensable haber estudiado la Geografía por el globo y mapas, hasta conocer el punto de que se habla, como el punto en que vivimos.

P. Qué mas?

R. Es necesario tener conocimiento de la política de los gabinetes, saber cuál es la fuerza de mar y tierra de cada uno, su población, comercio, fábricas é industria, sus costumbres, clase de gobierno &c. &c.

P. Segun eso, muy pocos serán los que puedan entender con toda perfeccion los periódicos, porque serán muy pocos los que tengan todos esos conocimientos.

R. Pues si los papeles públicos versan principalmente acerca de lo que queda dicho, ¿cómo los ha de enten-

der el que nada de esto conoce por no haberlo estudiado?

P. Y los que los componen ó escriben tienen todos estos conocimientos?

R. No es preciso que los tengan, porque como son varios los que componen un solo periódico, se encarga cada uno de la materia que ha estudiado y conoce.

P. Y si son tan pocos los que los entienden, ¿cómo son tantos los que los compran y se suscriben á ellos?

R. Porque cada uno los busca por la materia que le interesa: al comerciante, por ejemplo, le importa saber lo que contienen relativamente al comercio, y así respectivamente interesan al literato, al político, al magistrado, al librero &c.

Del buen nombre en la sociedad.

P. Es muy interesante gozar en la sociedad de buen nombre y reputacion?

R. Lo es en tal grado, que ni las mayores dignidades, honores y riquezas son de tanta importancia.

P. Pues el hombre rico y condecorado no se llama la atencion de todo el público?

R. Sí señor; pero sino goza de buena fama y opinion, solo sirve para que todos murmuren de él, y le miren con desprecio.

P. Y es interesante el buen nombre en todas las clases y oficios del Estado?

R. Hasta en el mas ínfimo menestral es de la mayor importancia: el zapatero, por ejemplo, si no goza de buen nombre en su oficio apénas tendrá que trabajar en él.

P. Y solo es interesante el buen nombre en el respectivo oficio de cada uno?

R. No señor, es igualmente necesario en todas las operaciones de la vida humana para el trato social.

P. Y por qué?

R. Porque ninguno quiere asociarse al que no está bien opinado: hasta el hombre malo aprecia mas el trato con los hombres buenos, que el de aquellos que son tan malos como él.

P. Qué recompensas recibe el hombre en la sociedad por su buena fama y opinion?

R. Infinitas: en primer lugar, se halla libre de los trabajos y desdichas que descargan tarde ó temprano sobre el hombre malo, que siempre es aquel que no goza de buen nombre.

P. Qué mas?

R. Disfruta tambien de la satisfaccion indecible de merecerse la mayor consideracion y aprecio donde quiera que se presente.

P. Qué mas?

R. Tiene derecho á que el Rey y la patria se valgan de él antes que de ningun otro para todo aquello en que pueda ser útil.

P. Y cuando se halla colocado en una

clase humilde, qué derecho puede tener?

R. Camilo fué nombrado Dictador de Roma estando ocupado en su arado; deja éste, salva su patria, y se vuelve á su oficio.

P. Y no ha sido recompensado?

R. El hombre justo no aspira á mas recompensas que á la satisfaccion de obrar bien.

P. Pues cómo es que en el dia de hoy, si alguno hizo algunos servicios, aunque se halle recompensado, todavía murmura del gobierno, y no se dá por satisfecho?

R. Porque á éste le faltan las virtudes de Camilo, el cual apreciaba mas obrar de la manera que obró, que todos los honores y riquezas del universo reunidas en él.

P. Siendo de tanta importancia el buen nombre en la sociedad, qué regla me daréis para adquirirlo?

R. Una infalible.

P. Y cuál es?

R. La de medir todas nuestras operaciones con consideracion á la vida eterna, y no con referencia á esta vida mortal que á cada momento se vá acercando á su último fin.

Del hombre público.

P. Á quién se debe dar este nombre?

R. Á todo aquel que se halla en un elevado puesto desempeñando un empleo, sea civil, militar, ó eclesiástico.

P. Cómo debe conducirse el hombre público?

R. Con la mayor dignidad y decoro, conservando toda la consideracion que es propia del alto puesto que ocupa.

P. Qué mas debe procurar?

R. Dar ejemplo de Religion y buenas costumbres, considerando siempre que un desliz en él es trascendental á todos los que están bajo su jurisdiccion.

P. Qué mas?

R. Desempeñar en cuanto le sea posible todas las obligaciones de su encargo, sin olvidarse jamás del juramento que hizo al tomar posesion de él.

P. Puede el hombre público hacer alguna gracia en las funciones de su ministerio?

R. En la justicia no cabe gracia, y así ninguna puede hacer.

P. Por qué?

R. Porque toda la gracia que resulte en favor de una parte es en perjuicio de la otra.

P. Qué mas debe procurar el hombre público?

R. No familiarizarse demasiado con quien pueda hacerle inclinar la balanza de la justicia.

P. Puede el hombre público, como Juez, admitir algun regalo ó donativo concerniente á su ministerio?

R. Nada puede ni debe admitir.

P. Por qué?

R. Porque es contra su honor y

contra su opinion, mediante á que por esto mismo dá lugar á que crean se puede inclinar en favor del donante.

P. Cuando la razon y la justicia se hallan iguales por una y otra parte, en cuyo favor debe dar la sentencia?

R. En el de aquel que necesite mas de la piedad y caridad.

P. Qué mas debe tener presente en su oficio el hombre público?

R. Que no solamente debe medir sus acciones con referencia á su persona, sino tambien con relacion al Rey nuestro Señor á quien representa, y en cuyo nombre ejerce las funciones de su encargo.

P. Segun eso un delito ó un crimen en el hombre público, podrá llegar á ser mayor que otro igual en un particular cualquiera?

R. Concedo; y como tal debe ser castigado, por cuanto las consecuencias pueden llegar á ser de una trascendencia incalculable.

P. Cuál es el hombre público que desempeña cumplidamente las obligaciones de su encargo?

R. El hombre verdaderamente virtuoso.

P. Y basta esta sola cualidad?

R. Puede decirse que sí, porque la virtud encierra en sí todas las demás, puesto que ninguno puede ser virtuoso sin ser justo, benéfico, religioso, honesto, puro, exacto, fiel, y amante del Rey y de la patria.

P. Y la cualidad de la sabiduría, que, es muy diferente de todas las demás que hemos dicho?

R. Cierto que lo es; pero el que se halla colocado en el cargo que le confiaron, aunque sepa menos que otro, podrá ser acaso mas útil que él si obra con buena intencion y con el mas puro deseo del acierto.

Del trato social.

P. Cómo debe conducirse el hombre en el trato con los demás?

R. Comportándose con ellos de la misma manera que él desearia se comportasen con él.

P. Y no hay una gran diferencia en el comportamiento que corresponde á unos respecto de otros?

R. Si que la hay, y muy grande, porque uno debe ser el trato con el superior, otro con el inferior, otro con el igual, otro con el anciano, otro con el niño, otro con las mugeres, y así respectivamente.

P. Y qué regla me daréis para comportarnos con cada uno segun es debido?

R. Una infalible.

P. Cuál es?

R. La de suponerlos en el lugar de aquel con quien tratamos, para com-

portarnos con él de la misma manera que nosotros lo exigiríamos en su puesto.

P. Y si él exige mas de lo que le pertenece, ó no se conduce correspondientemente á su clase?

R. En este caso dos partidos se pueden adoptar con él: ó el de manifestarle su sinrazon con prudencia y con mucha política, ó el de huir de su trato.

P. Y qué partido debe adoptarse en una concurrencia cuando algunos en ella se exceden en la murmuracion?

R. O el del silencio, ó el de defender al ausente del modo posible, ó el de separarse de allí.

P. Y si en la concurrencia se tratase de materias políticas, como frecuentemente acontece en casi todas las tertulias?

R. En este caso es precisa la mayor circunspeccion.

P. Y por qué?

R. Porque el hablar sobre esta materia es siempre muy expuesto y muy peligroso.

P. Déme vmd. la razon.

R. Son muchas las que hay; pero daré algunas, y sea la primera la de que el que se propone seguir este punto se vé precisado á manifestar en él su opinion, y como casi cada uno tiene la suya, es imposible confrontar con la de los demás.

P. Qué otra razon hay?

R. La de que tambien es imposible seguir la conversacion sobre materias políticas sin rozarse con el gobierno, cuyas operaciones no podemos censurar sin riesgo.

P. Y por qué?

R. Porque como ignoramos los datos que él tiene para obrar, nos exponemos á criticar lo que tal vez debiéramos aplaudir.

P. Qué otra razon hay para no entrar en esta materia?

R. La de no exponernos á chocar con aquel que tiene una opinion contraria á la nuestra.

P. Qué otra razon hay?

R. La de que despues de haber charlado y disparatado en política una ó dos horas, el uno se separa del otro murmurando de sus cortas luces, de su ignorancia y cortos conocimientos, creyéndose cada uno superior sobre los demás, aunque todos sean unos ignorantes.

P. Hay mas razones?

R. Hay la principal de todas, que es la de ser denunciado al gobierno por alguna proposicion criminal que muy fácilmente se pudo soltar en la conversacion.

P. Y quién lo habia de denunciar al gobierno?

R. Tal vez uno de los mismos concurrentes, que tambien los hay de esta clase, con la idea de hacer su suerte por este medio.

P. Según lo dicho, es la mayor de los boverías proponerse tratar de esta materia los mas sin entenderla, sin importarles, y sin un conocido riesgo?

R. Concedo; y solo compete este punto de política á los sabios que le han estudiado teórica y prácticamente, para cuando el gobierno determine aprovecharse de sus luces y conocimientos.

Del trato familiar.

P. Qué entiende vmd. por trato familiar?

R. Aquel que llevamos familiarmente con los amigos y conocidos, á los cuales tratamos con mas frecuencia.

P. Y son verdaderos amigos todos los que se dicen tales?

R. Por desgracia nuestra casi todos se dicen amigos, y nadie lo es.

P. A quién debemos tener por verdadero amigo?

R. A aquel que se interesa en nuestra suerte como en la suya propia.

P. Qué regla me dará vmd. para distinguir los verdaderos de los falsos amigos?

R. La de no fiar de ningunos hasta que los pruebe la ocasion.

P. Y basta una ocasion para probarles?

R. La prueba de una ocasion suele ser segura para otra ocasion semejante.

P. Y para las demás?

R. En todas las que lleguen á dar pruebas de verdaderos amigos, lo son tales.

P. Pero el que ha dado pruebas de ser verdadero amigo en varias ocasiones, no las dará siempre?

R. No señor.

P. Y por qué?

R. Porque nada hay seguro en esta vida mortal; y cuando nosotros no somos siempre iguales y consecuentes en la amistad, es un delirio exi-

gir que lo sean con nosotros.

P. En qué consiste esta desigualdad é inconsecuencia?

R. En nuestra miseria humana, que no guarda orden ni igualdad un dia con otro dia, ni una hora con otra.

P. Pero por qué no hemos de ser siempre iguales con los amigos, para que ellos lo sean con nosotros?

R. Porque no tenemos siempre el mismo humor para complacerles, ni aun para apreciarles.

P. Y cuando un amigo me dá pruebas de serlo verdadero, no debo hacerle todas las confianzas?

R. No señor, y sí solamente aquellas de las cuales no resulten inconvenientes, perdida la amistad.

P. Y si él se franquea conmigo descubriéndome sus secretos y pidiéndome consejo?

R. Debe vmd. oírle y auxiliarle en todo lo posible, pero no confiarse absolutamente.

P. Y por qué?

R. Porque tambien los falsos amigos suelen valerse de esa introduccion, y hacer las mayores protextas de su fina y verdadera amistad sin conocerla.

P. Y cuando se me ofrecen á servir-me, y me suplican que me aproveche de toda su casa y facultades?

R. Todo eso no vale nada, porque es frase muy comun aún entre los que mas se odian y aborrecen, dándose las manos, y rasgándose los corazones.

P. Y cómo se permiten estos engaños y traiciones en la sociedad?

R. Porque la relajacion de nuestras costumbres es tan general, que si se tratase de castigar á todos los que así engañan, no habria bastantes cárceles ni presidios á donde destinarlos.

P. Segun eso, qué ventajas tengo yo en obrar el bien con quien se conduce tan mal?

R. Infinitas.

P. Y cuáles son?

R. La primera es la de asegurar la eterna bienaventuraza, siguiendo los preceptos de N. S. Jesucristo que nos ha dejado en su Evangelio (*amarás á tu prójimo como á tí mismo &c.*)

P. Qué mas?

R. La de granjearnos la estimacion y aprecio aún de los que obran mal, porque en medio de su maldad, prefieren siempre en su corazon al que obra bien.

P. Qué mas?

R. La tranquilidad interior de nuestra conciencia, que nunca atormenta á los buenos, sino á los malos.

P. Luego aunque vea desengaños de los amigos, deberé siempre obrar bien con ellos?

R. Aunque vmd. no se fie, si le han dado motivos de desconfianza, vmd. deberá obrar siempre el bien, porque la beneficencia no distingue casos, ni admite escepciones.

DIÁLOGO PRIMERO.

Sobre la diferencia de costumbres entre nosotros, y nuestros antepasados.

DISCÍPULO. **V**engo, Sr. Maestro, á su casa de vmd. segun me lo ha ordenado anteayer, despues que me ha examinado en su libro.

MAESTRO. Como le he observado á vmd. muy impuesto en todas las preguntas y respuestas de él, me propuse darle algunas lecciones sobre su contenido, á fin de que vmd. pueda sacar todo el fruto posible para saber conducirse en la sociedad.

D. Yo quisiera que vmd. me hiciese el favor de explicarme lo que quiere decir aquel renglon de la primera hoja del libro que habla del siglo XIX: yo

no sé qué es siglo, ni lo que quiere decir siglo XIX.

M. Siglo es un espacio de tiempo que contiene cien años. Desde que Dios crió el mundo, y á nuestros primeros padres Adan y Eva, habrán transcurrido sobre sesenta siglos poco mas ó menos; pero como se han empezado á contar de nuevo desde la venida de N. S. Jesucristo al mundo para redimirnos del cautiverio, y abrirnos las puertas del cielo, no han pasado desde entonces mas que 18 siglos y 33 años, y estos 33 yá son del siglo XIX.

D. Ahora yá comprendo lo que quiere significar aquel renglon, que viene á ser lo mismo que decir para el siglo en que vivimos.

M. Eso es justamente; pero como el siglo en que vivimos es diferente de los que nos han precedido, porque se han variado las costumbres, los gobiernos, la política, y otra porcion de cosas en la sociedad, es indispensable

acomodar este libro á lo que en el dia sucede, y no á lo que anteriormente acontecia.

D. Y será tambien diferente de este siglo el que debe seguir despues de él?

M. Como el espacio de cien años es de bastante duracion, no hay duda en que alguna variedad se ha de observar en un siglo respecto de otro, porque nada hay permanente en esta vida mortal, y solo en la eternidad es todo estable y constante por todos los siglos de los siglos.

D. Supuesto, pues, que los usos y costumbres de nuestro siglo son diferentes de los de nuestros abuelos, yo quisiera enterarme en uno y otro para saber cómo han vivido mis antepasados, y cómo me corresponde vivir á mí.

M. Á vmd. debe bastarle saber lo perteneciente á su primero, segundo, tercero y cuarto abuelo sin subir mas allá, pues en este caso habria que ha-

cer una muy larga narracion que abrazaría muchos libros como éste.

D. Yo he oido á mi abuelito hablar muchas veces de su papá, de su abuelo y visabuelo, y me acuerdo que les ponderaba mucho por su Religion, por su bondad, por su carácter, por su amabilidad, por su caridad, y por la paz y sosiego en que vivian con sus vecinos, amigos y contemporáneos.

M. No hay duda, amigo mio, en que si fuera posible que sus abuelos de vmd. resucitáran y volvieran á vivir hoy entre nosotros, se asombrarian de la notable diferencia de usos y costumbres en estos tiempos respecto de aquéllos en que ellos han vivido. Por de pronto ellos se han ido á la eternidad sin saber lo que era guerra, porque durante la vida de sus tres ó cuatro abuelos de vmd. se ha pasado el tiempo en una paz octaviana. Por consecuencia, de nada mas cuidaban entonces que de su trabajo, de su subsistencia

y la de su familia, de su religiosa y cristiana educacion, de darla ejemplo de buena moral y puras costumbres, con lo cual se amaban y querian padres é hijos, hermanos, parientes, amigos y vecinos. En aquel tiempo no se ocupaban jamás, ni entendian ni querian entender de lo que eran gobierno, política, diplomacia, periódicos, noticias públicas, ni otra porcion de delirios en que se ocupan hoy la mayor parte de las gentes, sin saber lo que se dicen, por cuya razon no hacen mas que delirar y comprometer con sus delirios la paz y el sosiego público. Sus abuelos de vmd. y los míos solo entendian y conocian que su principal obligacion era amar y respetar al gobierno y las leyes, y considerar á nuestro Rey como á nuestro comun padre, nuestro bienhechor y protector, para amarle y obedecerle como tal. Así lo han cumplido, y así lo han practicado, por lo cual han si-

do los mas felices sobre la tierra, y se han ido á la eternidad sin experimentar las calamidades y desdichas que han descargado sobre nosotros, por no haber seguido el ejemplo de nuestros abuelos.

D. Y no podré yo vivir como ellos, haciendo lo que ellos hacian, para ser feliz como ellos lo han sido, y que no descarguen sobre mí los trabajos y calamidades de que vmd. me habla?

M. Sí, hijo mio: bien podrá vmd. librarse de las desgracias que han descargado sobre tantos, que aun hoy las están sufriendo ellos y sus familias; pero es esto mas difícil en nuestros dias que en los de nuestros abuelos.

D. Y por qué?

M. Porque en el dia de hoy tenemos que rozarnos con nuestros amigos y contemporáneos, que casi todos están viciados y contaminados de la ridícula manía de hablar de política, del gobierno, de la gaceta de Francia,

del Monitor, del Times, y de otra porcion de papeles públicos que de nada mas nos sirven que de hacer perder el tiempo y el dinero á los que los pagan. Nuestros abuelos nada de esto entendian, ni querian entender. Á sus amigos y contemporáneos les sucedia lo mismo; y por consiguiente solo se ocupaban de asuntos de familia, de sus intereses, y de vivir en paz y tranquilidad.

D. Y qué me importa á mí que todos los demás se ocupen de una materia que de nada les aprovecha sino para comprometerles y exponerles? Yo advertido, como lo estoy, no entraré en ella de ninguna manera, puesto que no me ha de proporcionar con que vivir, ni tiene que ver con la carrera que mi papá piensa darme, aunque deja á mi eleccion escoger cualquiera de las tres que me ha propuesto.

M. Y cuáles son esas tres?

D. La de la toga, la de la milicia, ó la de la Iglesia; y á mí me parece que para ninguna de estas tres carreras es preciso estudiar la política.

M. Es una verdad, hijo mio, que para ninguna de las tres, ni para otros muchos destinos ó empleos, es preciso este estudio, que pide muchísimos conocimientos, muchísima observacion, y haber viajado, visto y observado muchísimo. Si fuese vmd. abogado ó magistrado, el estudio que vmd. debe hacer es el de nuestras leyes, para saber aplicarlas en los casos que ocurran ante vmd. Si militar, en esta carrera le enseñarán lo que corresponde saber para desempeñar vmd. exactamente su obligacion. Si eclesiástico, tendrá vmd. que estudiar la moral, la filosofía, la teología, y los cánones. Ninguno de estos estudios tiene que ver con la política, que pide otros conocimientos de muy distinta naturaleza. Con que así, hijo mio, yá sea en

una de las tres carreras dichas, yá en otra cualquiera, aplíquese vmd. únicamente á estudiar lo perteneciente á su facultad, sin mezclarse en otros estudios que le impidan perfeccionarse en su profesion. Si, por ejemplo, fuese vmd. médico, y por haberse dedicado á leer papeles públicos, no ha estudiado vmd. bastante bien su facultad, ¿á dónde vamos á parar con los daños y perjuicios que vmd. puede ocasionar con sus erradas curas por no haber conocido bastante bien las enfermedades?

D. Esto mismo tambien me podrá suceder si soy abogado ó magistrado, porque si no sé bastante bien mi obligacion por haberme dedicado á otros estudios que no me importan, podré defender pleitos injustos, y dar sentencias contrarias á la ley. Mas si fuese eclesiástico, me parece que no puede haber el mismo inconveniente.

M. Precisamente, hijo mio, es donde yo le encuentro mayor en la ma-

teria de que vamos tratando. Un eclesiástico, sea secular ó regular, debe hacer el estudio que sea únicamente propio de su profesion. Este estudio es tan diferente de todos los demás, como que es determinadamente relativo á la vida eterna, cuando todos los otros se dirigen á la vida temporal. Si el eclesiástico fuese un Párroco, viene á ser un pastor de un rebaño que se le ha confiado para dirigirle por la senda de nuestra Religion al camino de la bienaventuranza. Si fuese un Obispo, un Religioso, ó Prelado de una comunidad, viene á tener las mismas y mayores obligaciones, siendo la principal de todas darnos ellos, los primeros, el ejemplo para seguir los preceptos del evangelio de nuestro Redentor, todo esto es perteneciente á la vida eterna; y siendo la política precisamente relativa á la vida temporal, nada tiene que ver con el estudio de la carrera eclesiástica, antes por el

contrario, pudiera distraer y embarazar en el cumplimiento de su sagrado ministerio á los que la siguen. Sin embargo, hay tambien el estudio de la política eclesiástica, que trata de las cosas pertenecientes á la Iglesia, y este estudio lo deben hacer los eclesiásticos; pero esto es muy distinto de lo que vamos tratando.

D. Segun eso, á muy pocos interesa el estudio de la política; y yo quisiera saber quiénes deben hacer únicamente este estudio?

M. Lo deben hacer los diplomáticos, los literatos, y sabios que puedan ser útiles al Rey y al gobierno con sus conocimientos teóricos y prácticos. Quiero decir, que no basta haber estudiado la historia de nuestra nacion y la de los demás reynos, sino que es tambien indispensable haber viajado, haber visto, y haberse acercado á los demás gabinetes para observar su política, y penetrarse de la que á noso-

tros nos conviene usar con los demás, atendidas las respectivas circunstancias de cada nacion.

D. Yá veo que para hablar en política es preciso haber estudiado mucho y saber mucho, y yo no sé por qué me ha dicho vmd. que casi todos están tocados de la ridícula manía de hablar en esta materia sin entenderla. Pues yo no pienso caer en esta tontería, y sí reirme interiormente cuando oiga hablar á otros sobre lo que no pueden saber por no haberlo estudiado de ninguna manera.

M. Aplaudo en vmd., querido mio, ese modo de pensar, y le aconsejo para su régimen, que en cualquiera concurrencia donde se hable de política y del gobierno, apele vmd. al silencio; y si le preguntan por qué no entra vmd. en la conversacion, conteste á todos que no entra en ella, porque no la ha estudiado ni la entiende, teniendo mucho que saber y que entender.

Esta respuesta en manera alguna le desacredita á vmd., antes bien si los concurrentes han charlado sobre esta materia sin entenderla, como es regular, deben quedar avergozados de su charlatanería con esta contestacion. Pero baste por hoy sobre este punto, y si vuelve vmd. mañana por aquí á la misma hora, yá conferenciarémos sobre otros varios de los que contienen mi libro.

D. No faltaré, si Dios quiere, y ojalá quede tan convencido en los demás, como lo he quedado en éste, para no mezclarme jamás en tratar de noticias, de política, ni del gobierno, cuyas determinaciones todos debemos obedecer y respetar por nuestra propia seguridad, tranquilidad y sosiego.

M. Perfectamente, hijo mio: Yá veo que vmd. se aprovechará de mis consejos, y que siguiéndolos, como espero, me dará vmd. por ellos las gracias cuando sea un hombre yá formado. Con que hasta lo dicho. = D. Á Dios, Sr. Mtro.

DIÁLOGO SEGUNDO.

*Sobre el origen de la revolucion
de la Francia en el año
de 1789.*

D. Buenos dias, Sr. Maestro. Vengo á la misma hora de ayer con corta diferencia, y estimaria que vmd. me explicase hoy una cosa que le he oido ayer cuando me dijo, que bien podria librarme de las desgracias que habian descargado sobre otros, y que aún las estaban llorando hoy ellos y sus familias. Me he acordado mucho de esto despues que salí de aquí, y para no caer en este peligro quisiera que vmd. me enterase de él por menor.

M. Es asunto algo largo, amigo mio, pero entraremos en él como mejor se pueda. Creo se acordará vmd. de la leccion de mi libro donde habla de la espantosa revolucion de la Francia en el año de 1789.

D. Si señor, y que en ella dieron la muerte al inocente Rey Luis XVI., y que despues hubo allí otras revoluciones, en las cuales perdieron la vida muchísimos, y padecieron todo género de desdichas y calamidades.

M. Así ha sido, efectivamente. Pues, hijo mio, los mismos trabajos, calamidades y desdichas se han padecido en los demás reynos donde se ha formado una revolucion, y por nuestra desgracia tambien nosotros hemos sufrido esta misma calamidad.

D. Y cómo no hemos escarmentado todos con las desgracias de la Francia? Pues si la revolucion entre los Franceses fué la causa de tantas muertes y de tantos horrores, estaba claro que en los demás reynos habia de ocasionar las mismas desdichas una revolucion. Yo no sé como los hombres son tan locos que no lo conozcan. Bien me hago cargo de que yo soy un niño y que no lo entiendo, pero estimaria

infinito que vmd. me explicase dos cosas: 1.^a cuál ha sido el origen de la terrible revolucion de la Francia en el año 1789: 2.^a cómo y por qué se hicieron otras iguales revoluciones en los demás reynos, habiendo ocasionado tantas desgracias la de la Francia?

M. Las dos preguntas que vmd. me hace, querido mio, ya piden una larga conversacion entre los dos para algunos dias; pero iremos poco á poco, y veremos si puedo satisfacer á vmd. sus deseos.

D. Explíqueme vmd., pues, la primera pregunta, y despues pasaremos á la segunda. Dígame vmd., cuál ha sido la causa de la horrorosa revolucion en Francia el año de 1789?

M. El origen de esta revolucion, hijo mio, tal vez tendremos que buscarle un siglo atrás antes de haberse realizado.

D. Un siglo antes: ¡Jesus! ¿Y cómo

el Rey y el gobierno no lo habian de saber y procurar atajarla?

M. Porque aunque el origen de la revolucion sea de cien años, no se ha proyectado ni formado hasta poco antes de realizarse.

D. Yá: entonces no es extraño que el gobierno no la pudiese precaver. Pero cuál ha sido el origen que nada menos que cien años la estuvo preparando?

M. Una libertad de imprenta sin término ni medida, y un descuido por parte del gobierno en la circulacion de ciertos libros que se sembraron por todas partes llenos de equivocados principios, y de mal concebidas ideas. Estos libros los ha leído la juventud inexperta: no comprendió su verdadero espíritu; y en medio de sus errores ha concebido lisonjeras esperanzas, un porvenir dichoso, y una favorable mudanza de la suerte. Acalorada su imaginacion con tan alagüeñas venta-

jas y mejoras, se halló yá toda la juventud predispuesta á cuanto se la quiso proponer al tiempo de formar la revolucion. En efecto, á todo se ha prestado, y en nada se ha detenido para trastornar el gobierno y las leyes hasta el punto de quitar la vida á su Rey para establecer una república.

D. Pero, segun dice el libro, esta república ó la forma de gobierno que establecieron no ha sido permanente, porque despues la mudaron en otra, y despues otras. Luego no hallaron en estas mudanzas las ventajas y mejoras que creían?

M. Así es la verdad, querido mio; pero no es esto lo peor, sino que en cada una de estas variaciones ninguno se creía con la vida segura.

D. Y por qué?

M. Porque como en todas las revoluciones se forman partidos y sociedades que exclusivamente quieren el mando, se han degollado allí unos y

otros sin cuenta ni razon, hasta quedar uno de los partidos con la victoria: luego despues se levantaba otra faccion contra los gobernantes; y en estas convulsiones han padecido todo género de desgracias, despues de haber perdido la vida muchísimos.

D. Y la habrán perdido tambien aquellos que formaron la revolucion y dieron la muerte á su Rey?

M. Probablemente: muchos de éstos han sido víctimas de la revolucion preparada por ellos mismos.

D. Caramba! Pues si volvieran á resucitar, es bien seguro que no formaban otra revolucion! Pero lo que yo extraño es, que no escarmentasen con esto los demás reynos donde se formaron otras revoluciones como la de Francia.

M. El escarmentar en cabeza ajena antes que en la propia, sería, hijo mio, una prueba de nuestra prevision y de nuestra sabiduría; pero somos

unos ignorantes, unos locos y unos miserables, que ni aun en nosotros mismos queremos escarmentar. Como en los referidos libros se prometen y ofrecen divinidades que representan un paraíso terrenal, todos los jóvenes quieren gozar de este paraíso, hasta que se desengañan, no hallando en él sino miseria, trabajos, desgracias y calamidades.

D. Pues qué felicidades ó qué paraísos son los que ofrecen esos libros tan engañosos?

M. Ofrecen la libertad, la igualdad, la seguridad, la propiedad, la felicidad, y otra porción de delirios y quimeras inverificables, pero que la juventud los cree tan infalibles como si los estuviese palpando. Los autores de estos libros han tenido bastante talento para pintar todas estas ofertas con cierto colorido, y con ciertas gracias y donayres, que no es de admirar que la juventud inocente y sin expe-

riencia les haya dado asenso. Se propusieron, pues, prestarse á todo para gozar de estos sueños imaginarios: entraron en los planes de la revolucion: á los unos les costó la vida, y no han podido volver acá á desengañarnos: otros en vez de felicidades experimentaron trabajos y desdichas; y éstos no quisieron entrar yá en mas revoluciones, porque el que hace una, y le sale cara, no gusta de repetir.

D. Y entonces, cómo los demás reynos no abrieron los ojos para escarmentar con la desgracia agena?

M. Porque la juventud inexperta no tiene la edad necesaria para obrar con juicio y con cordura, por cuya razon la vemos siempre rodeada de peligros, y en el seno de los vicios, á pesar de que bien conoce que los vicios dán el pago á quien los busca.

D. Pues yo no pienso dejarme engañar cuando sea mas grande, ni por esos libros, ni por los que traten de

meterme en revolucionar. Jesus! habia de conspirar yo contra mi Rey! tiemblo solamente con pensarlo.

M. Perfectamente, hijo mio: conserve vmd. siempre esos buenos sentimientos; y si por desgracia llegasen á sus manos los libros de que yá hice mencion, desconfie vmd. siempre de toda su doctrina.

D. Así lo haré; pero para mi gobierno explíqueme vmd. lo que quiere decir esa libertad que ofrecen.

M. Vea vmd. ahí, querido mio, la misma curiosidad de todos los jóvenes á quienes se arma el lazo con la engañosa palabra de *libertad*. Es tanto lo que ésta les ha alucinado, que sin saber lo que se dicen se han dejado gritar en muchos partes: "¡*Viva la libertad!*" Como la juventud generalmente apetece dar gusto á sus pasiones y fomento á sus vicios, se ha persuadido de que proclamando la libertad entraba en el paraíso terrenal.

D. Pero qué entendían ellos por esta libertad? creerían acaso que proclamándola se podría matar, robar, y cometer toda clase de delitos? Esto es imposible que lo hayan imaginado.

M. Yo no sé lo que han creído, hijo mio; pero lo cierto es que en casi todas las revoluciones han gritado: *¡Viva la libertad!*

D. Pues bien, explíqueme vmd. ahora cómo esta libertad debe entenderse?

M. La libertad, querido mio, no quiere decir otra cosa que la facultad que todos tenemos de hacer todo aquello que no sea contra las leyes divinas y humanas.

D. Y esta misma libertad no la tenemos ya por nuestro gobierno? Yo creo que en todos los gobiernos del mundo habrá esta misma libertad. Luego para qué se forman revoluciones buscando lo mismo que ya se tiene?

M. Porque con la lectura de los li-

bro que dije á vmd. la entienden de otra manera. En estos libros se hallan sátiras, chistes y gracejos contra los actos mas sagrados de nuestra Religion; y como ésta es el mas seguro freno para reprimir nuestras pasiones conteniéndolas en los límites de lo justo, la juventud sin experiencia se deja seducir y engañar por los referidos libros, y yá está cogida en el lazo que se le ha armado.

D. No me cogerán á mí ni los libros ni los seductores que procuren comprometerme en una revolucion, estando, como yá estoy, prevenido y desengañado por vmd. Pero no habrá un medio para que no engañen y seduzcan á los demás?

M. Si le hay, querido mio, y muy sencillo y practicable; pero, ó no han dado en él los gobiernos, ó no han tratado de echar mano de él hasta hoy.

D. Y cuál es?

M. Vuelva vmd. mañana á la mis-

ma hora, y trataremos de este punto.

D. Pues bien, yá vendré, y á Dios hasta mañana.

M. Á Dios, querido mio.

DIÁLOGO TERCERO.

Sobre los medios de precaver las revoluciones.

D. Felices dias, Sr. Maestro. Vengo con los mas vivos deseos de saber cuál es el medio de evitar las revoluciones, porque ocasionando tantos males como dice el libro, estoy admirado de que los hombres no hayan procurado atajar estas desgracias.

M. El medio que hay para ello, y del cual voy á hablar con vmd., tampoco sirve para cortar el mal al pronto, ni en un solo dia; pero es infalible para remediarlo mas adelante.

D. Y cuál es?

M. El mismo medio del cual se han

valido los que promueven las revoluciones, pero en sentido inverso.

D. Los autores de las revoluciones yá me ha dicho vmd. que se han valido del medio de prepararlas por ciertos libros.

M. Pues bien, nada mas hay que hacer sino valerse tambien de otros libros que manifiesten los errores de aquéllos, y darlos á leer en la primera enseñanza pública. El jóven que en la edad de doce ó catorce años llega á conocer que la libertad es una palabra aérea, y que nada significa sino la misma libertad que yá tiene de hacer todo aquello que no sea contrario á la ley divina y humana, no puede deslumbrarse cuando en mayor edad procuren seducirle, sea con libros ó de otra manera. El jóven, á quien se le enseña en su mas tierna edad el amor y respeto que todos debemos á nuestro Rey, á nuestro gobierno, y á nuestras leyes, yá no puede ser sorprendi-

do sobre aquello mismo que ha estudiado en su niñez, y que regularmente le acompaña hasta el sepulcro. El jóven que haya conocido desde niño las terribles y espantosas consecuencias de una revolucion, temblará toda su vida, al ver que se trata de mezclarle en un plan revolucionario. El jóven que en sus primeros años aprende que el Soberano quiere que todos les representen sus quejas para remediarlas, y que á todos recibe y oye con la mayor benignidad, será siempre un enemigo de aquél que intente revolucionar so pretesto del bien de los pueblos, y en la realidad solo para devorarlos. El jóven, á quien se le haya hecho conocer que el verdadero espíritu de los revolucionarios es el de colocarse ellos en los mejores destinos y empleos, arruinando y persiguiendo á los que los obtenian, yá no puede ser engañado cuando le soliciten para una sublevacion. El jóven que se ha-

lla instruido en los efectos que han ocasionado las revoluciones donde quiera que las hubo, yá sabe que las mismas causas han de producir los mismos efectos, y se horrorizará al conocer que en su patria se ván á repetir las mismas escenas de muerte, sangre, y horrores. El jóven... ¿pero á dónde voy á parar si trato de hacer ver todo lo que puede alcanzarse por medio de la primera enseñanza pública? No me cansaré de repetirlo. Si los gobiernos quieren manejar bien este resorte, no digo yo atajar y prevenir las revoluciones, pero hasta variar las costumbres, pueden conseguir por este medio.

D. Eso será cuando nosotros seamos mas grandes, mas ahora nada podemos hacer aún.

M. Y bien, tanto tiempo se tarda en pasar una docena de años? Vmd. se halla ahora en la edad de trece, y pasados doce ha llegado vmd. á la mayor edad que son veinte y cinco. De la

misma manera se hallarán todos los jóvenes de la edad de vmd., no solo en este reyno, sino en todos los del mundo. Vmd. está ya prevenido por este libro y por mis lecciones: otros lo pueden estar por otros libros mucho mejores aún, acomodándolos siempre á las respectivas costumbres y circunstancias de cada nacion. Cómo es posible, repito, que vmd., ni los que se hallen instruidos, como vmd. lo está, de lo que es una revolucion, se expongan jamás á sus terribles y funestas consecuencias? Pues no me ha dicho vmd. que solo en pensarlo se horrorizaba? En efecto, quién es el que no tiembla al entrar en una conspiracion contra el Rey, contra el gobierno, y contra las leyes? qué libros, qué palabras, qué intrigas, ni qué seducciones pueden persuadir una monstruosidad semejante? Pues qué! si hubiese alguna queja por culpa ú omision de las autoridades subalternas, ¿no tenemos el ca-

mino abierto para representarlo al Soberano, á efecto de aplicar el correspondiente remedio? Y no lo aplicará él por sí solo sin la sangre y sin los horrores de una revolucion? Pues quién es mas interesado que el mismo Soberano en el bien de sus pueblos, que es el suyo propio? Ninguno hay, ni lo puede haber, y cualquiera que se atreva á contradecirlo es un monstruo en la sociedad.

D. Señor Maestro, yo le prometo á vmd. que aunque leyese esos libros que vmd. me ha dicho, á mí yá no me engañan; pero yo no sé cómo se han estendido tanto, y cómo no se ha procurado hasta hoy prevenirnos contra ellos?

M. Mas vale tarde que nunca, y mil contra uno, se pueden extender y circular por medio de la primera enseñanza pública. Esplíquese por catecismos ó de otra manera adecuada á todos los jóvenes lo que quiere decir

esa libertad, esa igualdad, esa seguridad, esa propiedad, y demás delirios poniendo las palabras en su verdadero sentido, y no serán sorprendidos cuando en mayor edad se les hable de lo que no tienen la menor idea.

D. Pues bien, vmd. yá me ha hecho comprender que la palabra libertad no quiere decir otra cosa que la facultad que yá tenemos de hacer todo aquello que no sea contrario á las leyes divinas y humanas. Yo yá sé que esta misma libertad la tenemos en todos los gobiernos legítimos, y por lo mismo no creeré jamás cuanto me digan en contrario ni los libros ni los hombres, porque cualquiera libertad que sea contra la ley divina y humana, no será libertad, sino libertinage y corrupcion. Pero esplíqueme vmd. ahora qué quiere decir la palabra igualdad, de la cual se valen tambien esos libros?

M. La igualdad, hijo mio, es otra idea quimérica como la de la libertad.

Algunos idiotas é ignorantes la han entendido en las revoluciones con el mayor materialismo, y se han creído que todos habíamos de ser iguales en comer, beber, vestir, en dinero, en riquezas, en honores, y en todo lo demás, cuando ni Dios lo ha querido así, ni aun los mismos autores de los libros dichos tampoco.

D. Luego qué quiere decir la igualdad de esos libros?

D. Que todos debemos ser iguales ante la ley.

D. Y no lo somos ya en todos los gobiernos?

M. Sí, querido mio: las leyes no distinguen para castigar al delincuente, sea pobre ó rico, sabio ó ignorante, ni tampoco distinguen para dar á cada uno lo que sea suyo; de forma que ante la ley todos somos iguales ya, antes que por esos libros se haya hablado de igualdad.

D. Y entonces, cómo los que los han

leído no conocieron que nada nos decían de nuevo?

M. Porque ni estaban prevenidos como lo está vmd. ahora, ni tal vez entraron jamás en su cabeza estas ideas; y como los leyeron bien adornados de sutilezas, gracejos, y sofismas, nada tiene de extraño que se hayan dejado fascinar. Á vmd. le sucedería lo mismo y á cualquier jóven que no se halle preparado por la educacion.

D. Pero cómo es creible que todos seamos iguales en este mundo? Yo no puedo ser igual á mi papá.

M. Querido mio, ni vmd. puede ser igual á su papá, ni el pobre puede ser igual al rico, como ni el ignorante al sabio, ni el holgazan al trabajador, ni el labrador al magistrado, ni el niño al viejo, y así progresivamente en todas las desigualdades con que hemos nacido, y hemos de vivir y morir. Dios nos ha criado á todos tan desiguales, que no hay en este mundo dos

personas que no se diferencien entre sí, siendo ésta una de las mas grandes maravillas de la divina Omnipotencia. Pues qué mayor portento que la variedad infinita en nuestros semblantes, constando todos de unas mismas facciones en ojos, boca, nariz, mejillas &c., y no obstante, no haber dos solos en el mundo perfectamente iguales? Qué mayor prodigio que la diversidad de nuestros talentos, de los cuales se puede decir otro tanto como de nuestros semblantes? Si, pues, el Criador se ha complacido en formarnos desiguales á todos, qué libros ni qué escritos podrán persuadirnos esa desatinada igualdad?

D. Pero ya me ha dicho vmd. que solo quieren significarnos que somos iguales ante la ley.

M. Y no es esto sorprender la juventud inesperta, haciéndola creer que no tiene esta igualdad en su gobierno? Por bárbaras que sean las na-

ciones mas incivilizadas, podrán establecer una ley para que unos no roben y otros sí? Luego sino puede haber leyes ni gobiernos en los cuales no se halle yá esta igualdad ante la ley, ¿cómo es que se trata de sorprender, seducir y engañar la juventud, lisonjeándola con palabras aéreas, por mas que se las quiera revestir de un colorido seductor? Vmd., querido mio, yá se halla prevenido para conocer lo que esto significa. De la misma manera lo pueden estar sus condiscípulos, y todos los jóvenes del mundo. Es, pues, indispensable vivir alerta, para cuando por desgracia lleguen á sus manos los referidos libros, que deben mirarse siempre con la mayor desconfianza, yá se hallen en prosa, yá en verso, yá adornados de gracias, yá de oportunidades, yá de un lenguaje seductor. Ello es que nada de nuevo pueden decirnos: ello es que todos debemos amar y obedecer á nuestro Soberano

como á nuestro comun padre: ello es que todos debemos respetar tambien al gobierno y las leyes: ello es que el que nos aconseje lo contrario debe ser denunciado ante la ley como un enemigo de Dios y de los hombres; y ello es, por último, que vmd. cuando llegue á la edad de 25 años se horrorizará de entrar en una conspiracion contra el gobierno, no solo por el riesgo de su vida, sino tambien por las terribles y funestas consecuencias que por ella descargan sobre todos los individuos de la nacion.

D. Señor Maestro, mis condiscípulos y yo hemos hablado yá muchas veces sobre esto, y hemos determinado todos dar parte á nuestros padres cuando alguno se atreva á decirnos alguna cosa contraria á la que vmd. nos enseña. Pero esos libros hablan tambien de la seguridad, de la propiedad, y de otras cosas que vendrán á ser lo mismo que la libertad y la

igualdad. Bueno sería que vmd. me instruyese de todo para decirlo á mis compañeros.

M. Vuelva vmd. mañana por aquí, y á Dios hasta entonces.

DIÁLOGO CUARTO.

Sobre las funestas consecuencias de una revolucion.

D. Aquí estoy yá, señor Maestro, á la misma hora de ayer, para instruirme en todo aquello que vmd. crea que me puede convenir. Mis condiscípulos me han encargado que me informe bien de todo para enterarles á ellos despues, como lo hice yá de cuanto vmd. me ha dicho hasta hoy. Cuando nos juntamos hablamos mucho de estas cosas, y nos admiramos de que los hombres (que yá no son niños como nosotros) no tengan mas juicio, y que no conozcan las desgra-

cias horrorosas de una revolucion. Marcelino decia ayer que en la primera podian tener alguna disculpa; pero que despues de vista aquélla, era preciso ser brutos para haber entrado en otra. Rosendo le replicó, que ni tenian disculpa tampoco para la primera, porque si hubieran representado á Luis XVI. exponiendo algunas quejas si las tenian, él las hubiera remediado, y no tendrian que perder la vida tantos como la perdieron, despues de haberla quitado ignominiosamente á su inocente Rey.

M. Aprecio infinito, querido mio, que vmds. se penetren de estas verdades, y que conozcan (aunque niños) toda su fuerza, yá que otros de mayor edad no la hayan conocido. Lo cierto es que no hay que contestar á la juiciosa y prudente reflexion de Rosendo. No hay la menor duda en lo que él dice. Luis XVI. era el mejor de los Reyes, y hubiera hecho cuanto en

beneficio de sus pueblos le fuese posible hacer. Lo hubiera hecho pacíficamente y sin derramar una sola gota de sangre; pero empezada ya una revolución, ni los mismos que la promueven pueden conocer cuál será su fin. Así es que en ella suelen perder tambien la vida muchos de los mismos principales revolucionarios, y es bien cierto que si ellos la hubiesen temido, hubieran dejado de revolucionar; mas es tal nuestra ignorancia y nuestra miseria, que nosotros mismos nos estamos preparando muchas veces nuestra propia ruina, y no lo conocemos hasta que ya no hay un remedio.

D. Por eso nosotros no queremos hallarnos en este caso, y deseamos por lo mismo que vmd. nos instruya en todo cuanto pueda conducir á libertarnos de una desgracia semejante. Dígame vmd., qué viene á ser esa seguridad que ofrecen los referidos libros?

M. Aquella seguridad que yá goza vmd. con su papá y la demás familia en su casa, sin que ninguno pueda privarles de comer, dormir, y hacer todo lo demás necesario. Esta seguridad la dá el gobierno y las leyes, porque castigarían severamente á cualquier perturbador que se propusiese inquietarles.

D. Pues esa seguridad yá la gozamos, porque á casa de papá nunca ha llegado ninguno de esos perturbadores. Yo soy un niño, y me parece que comprendo yá que esos libros son unos engañosos, y que procuran alucinarnos ofreciéndonos lo mismo que yá tenemos.

M. Si dijese vmd. que procuran quitarnos lo que estamos disfrutando quieta y pacíficamente, diria vmd. una verdad. ¿Vmd. no conoce que en una revolucion se acabó la libertad, la igualdad, la seguridad, y todos los demás bienes que debemos al gobier-

no y á las leyes establecidas? Pues si el objeto de una revolucion es destruir estas mismas leyes y el gobierno, quién nos protegerá despues? Á dónde están en una revolucion los jueces y tribunales de justicia para castigar al ladron que me roba, y al asesino que me trata de matar? El juez, el magistrado, y todas las demás autoridades se hallan en el mismo caso. En una revolucion yá no hay justicia, yá no hay ley, ni menos quien la pueda dar ni hacer cumplir. Todos los hombres se hacen verdugos y asesinos los unos de los otros. Las muertes, los robos, los saqueos, el pillaje, el escándalo, y el desenfreno de todas las pasiones es el resultado de cualquiera revolucion. ¿No horroriza solamente el hablar de ello? ¿No nos llena de terror solo el oir que hubo hombres que se atrevieron á conspirar contra el Rey, contra el gobierno, contra las leyes, y contra la patria? Pues los

ha habido no solamente en Francia, sino tambien en otros varios reynos de Europa.

D. Y han durado mucho tiempo esas revoluciones?

M. En unos mas y en otros menos; pero en todas partes han producido los mayores estragos.

D. Y cómo han quedado despues de pasada la tormenta?

M. Siempre peor que antes estaban; porque han tratado de innovarlo todo, causando mil estorsiones, como las causa necesariamente toda innovacion, y por último han vuelto á lo mismo que antes tenian, resultando de todas estas mudanzas trabajos y desdichas sin cuento, con las emigraciones, destierros, presidios, y otros castigos que son consiguientes á una revolucion.

D. Qué lástima, señor Maestro, que no les hubiesen desengañado antes como á nosotros ahora! Como no es-

taban instruidos á fondo en lo que iban á hacer, erraron y se engañaron; pero si en su enseñanza y educacion les hubieran hecho conocer lo que es esto como á nosotros, es bien seguro que se horrorizarian, como todos nos debemos horrorizar solo con oir el nombre de una revolucion.

M. Es una verdad, querido mio, que no estaban prevenidos como lo están vmds. ahora, por cuya razon estoy bien cierto que dentro de una docena de años, en que yá serán vmds. unos hombres formados, tendrán muy presentes estas verdades que ahora están aprendiendo y estudiando. Es preciso, hijo mio, no olvidarlas jamás, y convencernos de que nunca, nunca puede haber un motivo justo para una conspiracion. El Soberano, como tan amante de sus pueblos, en cuya felicidad se interesa mas él que ningun otro, ha dejado la puerta abierta para el remedio de todos los males que

puedan ocurrir. Si por desgracia sucediese que algunas autoridades subalternas en la administracion de justicia, ó en la exaccion de algunas contribuciones se excediesen, hay el medio de representarlo al Soberano, por la misma justicia ó ayuntamiento donde se comete el exceso. Hay tambien el recurso de despachar un comisionado para que en persona se presente al Rey, y le haga ver los abusos que en su augusto nombre se practican. ¿Es creible que el Soberano no los remedie? Cómo ha de tolerar que las personas que ha nombrado para que diesen exacto cumplimiento á sus Reales órdenes, las alteren en perjuicio de los pueblos y de la voluntad soberana? Esto no puede ser en ninguna manera. Luego es claro que el Rey por sí mismo lo remediará castigando muy severamente á los que se hayan excedido. Luego es muy claro tambien, que jamás puede darse un mo-

tivo que sirva de pretesto á una revolucion, con la cual, léjos de conseguirse el remedio, solo desgracias sin fin son las que se consiguen, cuando de esta otra manera se alcanza todo quieta y pacíficamente. Creo que, en su edad de trece años, comprende vmd. toda la fuerza de estas verdades. Conforme vaya vmd. creciendo las comprenderá todavía mejor. Con que quedemos, querido mio, en que si por desgracia llegase alguno á seducir á vmd. y á sus compañeros cuando sean vmds. mas grandes, es preciso mirarle como al mayor de los enemigos, sea de la clase que fuese el seductor, y sea cual se fuese el pretesto para revolucionar.

D. Lo que yo pienso hacer, señor Maestro, cuando sea mas grande es lo siguiente: si se atreviesen á hablarme alguna vez contra el gobierno, al punto se lo participo á mi papá para que disponga lo que juzgue conveniente.

M. Está muy bien pensado, hijo mio, y tambien debe vmd. entregar á su papá cualquier libro prohibido que contenga máximas ó proposiciones contra nuestra sagrada Religion, y contra nuestras leyes establecidas, porque los tales libros hacen mas daño aún que el mayor seductor. Un solo libro basta para introducir en una nacion el gérmen de la discordia, y quitarnos la paz y sosiego que debemos á nuestro Soberano, á nuestro gobierno, y á nuestras leyes. Todas las desgracias de una revolucion han venido por los malos libros. Nuestros antepasados no los han tenido ni leído jamás, y no han pensado por lo mismo en revoluciones ni las han conocido, y se han ido á la eternidad sin saber lo que eran. Dichosos una y mil veces pudiéramos llamarnos si llegásemos á ser tan felices como lo han sido nuestros abuelos. Compárense las turbulencias de estos tiempos con el so-

siego y tranquilidad de aquéllos. Qué diferencia de vida y costumbres! En una palabra, en aquellos tiempos reinaba la paz, en éstos la guerra. Entre la guerra y la paz, quién no conoce la diferencia? Y siendo nuestra vida de tan corta duracion, quién es el que prefiere llevarla en una agitacion continúa si la puede gozar en una perfecta quietud?

D. Yo no necesito tener mas años, señor Maestro, para comprender todo cuanto vmd. me ha dicho, porque veo y alcanzo bastante bien la fuerza de todas estas verdades. Lo que yo extraño muchísimo es, que no las hayan conocido los que yá son hombres que pasan de veinte y cinco, treinta y cuarenta años; y por lo mismo vuelvo á decir á vmd., señor Maestro, que si en las escuelas les hubiesen enseñado por este libro ú otros semejantes, no sería tan fácil seducirles y engañarles, porque yá sabrian, como

nosotros ahora, lo que se debe contestar al seductor.

M. Es una verdad, querido mio, cuanto vmd. me acaba de decir, y espero por lo mismo que con el tiempo procurarán los gobiernos de las naciones prevenir y atajar el mayor de los males que pueden acontecer á los hombres, cual lo es el de una revolucion. Por medio de la enseñanza pública, por medio de buenos libros dados á la juventud, deben los gobiernos dirigir la sana moral y puras costumbres; y en tal forma lo pueden conseguir con una acertada direccion, que sería tan difícil el hacernos variar en los principios políticos, como lo es en los religiosos. Unos y otros son precisos é indispensables para vivir el hombre segun debe en la sociedad, puesto que por la observancia de las leyes divinas y humanas se camina á la eterna bienaventuranza. Pero dejemos esto por hoy, querido

mio, y si en otro cualquier dia volviese vmd. por aquí, yá continuaremos ésta y otras materias que le pueden ser útiles en la carrera de esta vida.

D. Á Dios, señor Maestro.

DIÁLOGO QUINTO.

sobre el entendimiento del hombre, y sobre el premio y castigo en la eternidad.

D. Vuelvo otra vez, señor Maestro, á que vmd. me haga el favor de darme mas lecciones sobre todo aquello que juzgue conveniente para caminar con acierto en la carrera de esta vida. He conferenciado con Marcelino y con Rosendo sobre todo cuanto me ha enseñado vmd. aquí, y me encargaron que volviese á aprender mas lecciones con vmd. para decírselas despues á ellos, porque les gustan mu-

cho , y las escriben en un librito para que no se les olviden.

M. Mucho celebro , querido mio, las buenas disposiciones que veo en vmds. para ser con el tiempo hombres de provecho. Yá no dudo que vmds. lo serán, porque cuando hay buenos deseos Dios los protege. A este divino Sér han de acudir vmds. en todas sus operaciones, pidiéndole en ellas su proteccion y auxilio, y no les faltará jamás su divina asistencia si son vmds. buenos. Al que no cuente con su Dios, trabajos y mas trabajos descargarán siempre sobre él. Encargo á vmd. por lo mismo, querido mio, para que lo diga tambien á sus compañeros, que la principal obligacion de vmds. y de todos nosotros es la de buscar á nuestro Dios, á quien debemos el sér, como se lo deben asimismo todas las criaturas del universo. Él, y solamente él, es el que nos ha formado de la nada, como igual-

mente á ese brillantísimo sol que nos alumbrá y vivifica. Él es el autor de ese número incalculable de brillantísimas estrellas, como también de la luna, planetas y cometas que nos iluminan por la noche. Él, y solamente él, ha formado el mundo en que vivimos con todas las producciones de la naturaleza; y él es el que nos ha dotado con la luz de la razón, que no ha concedido igual á ningún otro ser viviente. Con ella nos ha hecho distinguir el bien del mal, concediéndonos al mismo tiempo el libre albedrío para elegir lo uno ó lo otro. Si somos buenos, si obramos siempre el bien, si amamos á nuestro prójimo como nos tiene ordenado, sino abusamos de la recta razón en nuestras operaciones, cómo es posible que Dios no nos proteja? Y protegidos por nuestro Dios, quién puede contra nosotros?

D. Y nada más nos manda Dios

para protejernos y auxiliarnos sino que seamos buenos? pues qué necesidad tiene él de nuestra bondad, ni qué provecho le resulta de ella? Si somos buenos, la utilidad y provecho es para nosotros solamente.

M. Así es la verdad, hijo mio; pero la bondad infinita de nuestro Dios es tal, que nada mas desea de nosotros que nuestro propio bien; y aunque este bien es puramente nuestro, si sabemos buscarle y practicarle, todavía hace mas por nosotros nuestro Dios. Como él nos ha formado de la nada, y somos criaturas suyas, no solo nos ampara y protege en esta vida si somos buenos, sino que nos lleva á la vida eterna á gozar de su divina presencia. Este incomparable beneficio solo nuestro Dios pudiera hacerle.

D. Esplíqueme vmd., señor Maestro, cómo hace Dios este milagro con nosotros, porque yo no lo puedo comprender bastante bien.

M. Pues vmd. lo comprenderá con lo que voy á decirle: Cuando Dios crió el mundo se propuso tambien criar al hombre á su semejanza: para ésta le dotó con un espíritu de inteligencia que no quiso conceder á ninguna otra de sus criaturas: con la inteligencia ó razon que ha dado Dios al hombre, le hizo rey ó señor de todos los demás séres criados, y así verá vmd. que todos están sujetos y obedecen al hombre. Los brutos, las aves, los peces, y las plantas, los domina el hombre con su industriosa razon. Los mares que nos separan de otras tierras, y de otros habitantes con la distancia de millares de leguas, no son tampoco un obstáculo invencible para el hombre. Él ha podido con su razon inventar el modo de atravesar esos inmensos mares, y comunicarse con sus semejantes hasta los últimos confines del mundo. Yá conoce vmd. que este espíritu ó esta

inteligencia dada al hombre por su Criador es un dón muy especial, puesto que ningun otro sér viviente puede lo que puede el hombre. He aquí, hijo mio, por lo que he dicho á vmd. que Dios se propuso formar al hombre á su semejanza. El entendimiento del hombre no es material como su cuerpo, y aunque carece de materia, él dirige todas nuestras operaciones, y viene á ser el alma de todo nuestro físico. Nuestro Dios es tambien un espíritu sin materia; y aunque es infinita la distancia del humano al divino espíritu, porque éste ni ha tenido principio ni tendrá fin, y el nuestro aunque no tendrá fin ha tenido principio, hay sin embargo una semejanza con la cual ha querido regalarnos nuestro Dios.

D. La semejanza yá la comprendo yo bastante bien, que viene á ser la de no haber materia en nuestra alma, como tampoco la hay en nuestro Dios;

y tambien la semejanza de que nuestra alma no tendrá fin, como Dios no le tiene tampoco; y queda la diferencia de que Dios no ha tenido principio y nuestra alma sí, porque no existía hasta que Dios la ha criado.

M. Pues yá que vmd., querido mio, ha comprendido esto, yo le haré comprender ahora el gran milagro de llevarnos nuestro Dios á gozar de su divina presencia por toda una eternidad, lo cual me ha dicho vmd. que no alcanzaba bastante bien. Vmd. yá habrá observado en su tierna edad, que todo lo que es compuesto de materia perece y acaba. Mueren todos los animales, mueren y acaban todas las plantas, y acaba y perece todo cuanto vemos en este mundo.

D. Si señor, hasta un árbol viejo que teniamos delante de nuestra casa, que decia mi papá que pasaba de 300 años, se cayó hace dos meses, y lo hemos quemado y acabado en el fue-

go. Pero tambien mueren y acaban los hombres, y estos yá que Dios los hizo á su semejanza, no debian acabar.

M. Lo que Dios hizo en el hombre á semejanza suya, tampoco acaba, hijo mio; lo que muere y acaba en el hombre es su cuerpo, porque consta de materia, pero su alma, que es un espíritu inmaterial, esa no acaba ni perece jamás; y esta alma, querido mio, es la que Dios quiere llevar á su divina presencia por toda una eternidad si somos buenos. ¿Lo ha comprendido vmd. ahora bastante bien?

D. Si, señor Maestro, porque vmd. me ha hecho una explicacion de todo muy clara, que ninguno me hizo hasta hoy; y así se la voy á hacer yo á Rosendo y Marcelino, que me preguntaron el dia pasado en qué se diferenciaba nuestra alma de nuestro cuerpo, y no supe responderles. Pues ahora yá le voy á suplicar á vmd. que

me haga el favor de darme mas lecciones para ser bueno, porque yo no quiero errar y exponerme á perder una cosa de tanta importancia, como la de poder gozar por toda una eternidad de la divina presencia de mi Dios y de mi Criador.

M. Efectivamente, querido mio, no hay ni puede haber para el hombre nada mas interesante que asegurar en la fugaz carrera de esta vida la salvacion de su alma, porque si llegase á perderla, todas las desgracias de este mundo juntas no pueden compararse con esta desgracia.

D. Yá se vé, porque entonces no se puede gozar de la divina presencia de nuestro Dios por toda una eternidad.

M. Y además, hijo mio, hay otra desgracia terrible, que es el castigo de la culpa, sobre lo cual haré á vmd. la correspondiente explicacion. Yá tendrá vmd. presente lo que le he di-

cho sobre la razon con que Dios ha dotado al hombre.

D. Si señor, y que con ella le ha hecho distinguir el bien del mal, y que tambien le ha dejado la libertad para elegir lo uno ó lo otro.

M. Perfectamente: pues ahora, si Dios nos ha concedido el medio de conocer lo bueno y lo malo, y si Dios nos ha dado la libertad de escoger lo uno ó lo otro, ¿no tenemos en nuestra mano la eleccion del bien y del mal?

D. Si señor, porque yo bien podria vengarme de Rosendo si quisiera por una picardía que me hizo el dia pasado; pero me ha dicho mi papá que la venganza era muy mala, y por eso no me quiero vengar.

M. Muy bien: pues ahora supongamos que vmd. conociendo que la venganza era una cosa mala, entraba en ella y se vengaba de Rosendo: en este caso, ¿no escogia vmd. lo malo? No lo hizo vmd. porque era obrar mal, y

eligió vmd. el obrar bien. Luego ha
 sido vmd. libre para lo uno y para lo
 otro. Luego tenemos en nuestra mano
 ser buenos ó ser malos. Atienda vmd.
 ahora á lo que voy á decirle: Cuando
 crió Dios á nuestros primeros padres
 Adan y Eva, en el estado de gracia,
 les impuso un precepto para conser-
 varla. Ellos tenían en su mano la ob-
 servancia de este precepto de su Cria-
 dor, que estaba reducido á no comer
 de la fruta de cierto árbol. Vea vmd.
 cuán fácil les era la obediencia para
 permanecer en la gracia en que ha-
 bían sido criados. Pues sin embargo,
 desobedecieron y cayeron en la culpa
 ellos y toda su descendencia, en que
 somos nosotros comprendidos. Dios en
 castigo de su desobediencia les cerró
 la puertas del cielo á ellos y á toda su
 posteridad; pero les prometió que con
 el tiempo bajaría el Hijo del mismo
 Dios á padecer y morir por nosotros,
 y que entonces se volverian á abrir

las puertas del cielo para todos los que fuésemos buenos. En efecto, después de cuatro mil años, poco mas ó menos, vino Jesucristo al mundo y murió por nosotros clavado en una cruz. Desde entonces, querido mio, ya podemos ir á gozar de Dios por toda una eternidad si somos buenos, para lo cual el mismo Señor nos marcó la senda, dejándonos reglas y preceptos para alcanzar la bienaventuranza. Pero si no observamos sus mandamientos, ¿á dónde se nos destinará? Al castigo de la culpa por toda una eternidad, hijo mio, sufriendo las penas y tormentos que son correspondientes á la grande ofensa hecha á nuestro Dios y Criador.

D. Y en las penas y tormentos, nunca, nunca se puede ver ni gozar de la divina presencia de nuestro Dios?

M. Jamás, querido mio, se puede gozar de este incomparable beneficio;

y esta privacion es la que consideran los condenados por el mayor de sus tormentos. Vmd. bien conoce que el castigo debe ser proporcionado al premio; luego si por ser buenos nos premia nuestro Dios con la gloria eterna, es muy justo tambien que siendo malos nos castigue con un eterno infierno. Para eso nos ha concedido el libre albedrío, y ha puesto en nuestra mano elegir el bien ó el mal, despues de concedernos la facultad de conocer lo uno y lo otro por nuestra razon. Todo esto, hijo mio, está muy arreglado á su divina justicia, y Dios no podria ser justo, si cuando premia al que es bueno no castigase al que es malo.

D. Y si por nuestra desgracia fuésemos malos alguna vez, no hay un remedio para nosotros?

M. En la otra vida no, hijo mio; pero en ésta, si nos arrepentimos de todo corazon y pedimos á Dios el perdón de nuestras culpas, nos le conce-

de y nos vuelve á su gracia. Mas si nos coge la muerte en el pecado, como puede suceder, porque no sabemos cuándo ni cómo moriremos, todo se ha perdido para nosotros; por cuya razon es preciso, querido mio, ser siempre buenos. Esto yá vé vmd. que está en nuestra mano, y la utilidad y provecho es para nosotros tanto en esta vida como en la eternidad.

D. Estoy admirado, señor Maestro, de la bondad infinita de nuestro Dios, que para hacernos tan grandes beneficios nada mas nos pide que nuestro propio bien. Parece que esto, sin que Dios nos lo mandára, lo debiamos hacer por la cuenta que nos tiene; mas yá que podemos ser malos y ofender á nuestro Dios y Señor, yo no quiero caer en esta desgracia, y espero que vmd. me ha de hacer el favor de darme alguna otra leccion, para asegurarme del incomparable beneficio de estar gozando en los cielos de la di-

vina presencia de mi Criador por toda una eternidad.

M. Vuelva vmd. mañana á la misma hora, y hablaremos sobre este punto.

D. Á Dios, Sr. Maestro.

DIÁLOGO SEXTO.

Sobre la justicia y santidad de los preceptos divinos.

D. Aquí vuelvo, señor Maestro, á oír la mas interesante de todas las lecciones, porque si me dá vmd. reglas seguras para alcanzar la gloria eterna, y yo las observo, no puede darme leccion que me sea de mas utilidad y provecho.

M. Es una verdad, querido mio, porque de nada nos sirven todas las riquezas, honores y comodidades de esta vida, si perdemos nuestra alma. Supongo que vmd. sabrá bien los Man-

damientos de la ley de Dios.

D. Si señor, y los sé todos de memoria. Son diez, y el primero es amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos.

M. Está muy bien. Ya vé vmd. cuán justo y cuán sencillo es este divino precepto, en el cual vienen á refundirse los demás, que son igualmente justos y sencillos. Pues ahora, ¿qué me dirá vmd. si yo le aseguro que con solo la observancia de este primer mandamiento podemos alcanzar la gloria eterna?

D. Nada mas que con esto solo, señor Maestro?

M. Nada mas, hijo mio: irémos por partes. Amar á Dios sobre todas las cosas, yá vé vmd. que es tan justo que no puede ser mas. Él es el autor de nuestra vida, el que la dió á nuestros primeros padres en el paraíso, y á todos cuantos de ellos han descendido hasta llegar á nosotros. Todo cuanto

existe en el firmamento es obra de sus manos. No hay sér viviente ó no viviente en la tierra, en el ayre, y en los mares, que no sea obra de nuestro Dios y Señor. Por consiguiente le somos deudores de nuestro alimento, de nuestro vestido, y de todo cuanto necesitamos en la fugaz carrera de esta vida, porque todo lo produce la naturaleza criada por él. Vea vmd., querido mio, cuánto ha hecho Dios por el hombre á quien todo se lo ha concedido, porque ninguna otra criatura puede disponer ni gozar de todo esto como el hombre. Ahora, dígame vmd., ¿puede darse una cosa mas justa que amar sobre todas las cosas á nuestro Dios y á nuestro Criador? Y si fuese posible que el hombre no amase al Autor de su misma vida, ¿no es muy justo tambien que la pierda por toda una eternidad, puesto que del mismo modo la puede gozar en la divina presencia de su Dios y Señor?

D. No hablemos mas sobre este punto, señor Maestro, porque he quedado tan convencido de él, que me parece imposible pueda haber un solo hombre en este mundo que no ame á Dios sobre todas las cosas. Ahora explíqueme vmd. si será tan fácil amar al prógimo como á nosotros mismos?

M. Puede decirse, hijo mio, que el que ama á Dios sobre todas las cosas, tambien ama al prógimo como á sí mismo. No podemos amar á Dios, que es la infinita bondad, sin que seamos buenos: sino amamos á nuestro prógimo, yá no lo somos; luego vea vmd., amigo mio, como no puede darse lo uno sin lo otro, porque si amamos á nuestro prógimo como á nosotros mismos, tambien amamos á nuestro Dios y Señor.

D. Y para amar al prógimo como á mí mismo, qué regla me dará vmd.?

M. Una infalible.

D. Y cuál es?

M. La de hacer por nuestro prógi-

mo todo aquello que quisiéramos que él hiciese por nosotros puestos en su lugar.

D. Eso tambien es muy justo, señor Maestro, porque si yo fuese un pobre y pidiese una limosna, quería que me la diesen; luego yo debo darla tambien, si puedo, al pobre que me la pida.

M. Pues si vmd. observa esa regla de suponerse en el lugar del prógimo en todas sus necesidades, créame vmd., hijo mio, que obrará siempre bien y amará al prógimo como á sí mismo. Supongamos que se halla vmd. con un hermano nuestro (que éste es el prógimo), y que le vé vmd. casi desnudo y tiritando de frio. Supongamos tambien que vmd. vá bien abrigado, porque además del vestido que lleva puesto le quedan en casa otros tres ó cuatro. Si ama vmd. á su prógimo, no le dará á lo menos uno de sus vestidos? Si vmd. se hallase en el caso de

él, y él en el de vmd., no querría vmd. que él se lo diera? Pues hé aquí, querido mio, lo único que nos manda nuestro Dios para premiarnos nada menos que con una gloria eterna.

D. Pero, señor Maestro, por qué Dios, que todo lo puede, permite que unos tengamos mas que lo preciso, y otros no tengan lo necesario para la vida?

M. Yo se lo diré á vmd.: Dios ha dejado al hombre el libre alvedrío para merecer con él la eterna bienaventuranza. Querría vmd. que el hombre alcanzase un beneficio tan incomparable sin hacer nada por su parte? Dios ha dejado al cuidado del hombre el socorro de su semejante. Si le socorre y le ama como debe, le premia por solo esto, que aun cuando Dios no se lo mandára, conocemos que se debe hacer. Pero si no lo hacemos, aun mandándolo nuestro Dios, qué será de nosotros? No conoce

vmd. que para una culpa de esta clase apénas basta el castigo de una eternidad de penas? Vea vmd., pues, querido mio, cuán fácil y sencillo nos ha dejado nuestro Dios y Señor el camino de la eterna bienaventuranza. Con amar á Dios y al prógimo solamente la podemos alcanzar.

D. Y los demás mandamientos, señor Maestro?

M. Todos los demás, querido mio, son igualmente justos y sencillos como el primero, y están tácitamente comprendidos en él. Y si no, dígame vmd. el segundo.

D. El segundo no jurar su santo nombre en vano.

M. Pues bien, cómo es posible amar á Dios sobre todas las cosas, y valer-nos de su santísimo nombre para jurar una cosa falsa? Yá vé vmd. que esto es contradictorio, y que no puede ser. Lo mismo tenemos con el tercer mandamiento, que es santificar las

fiestas. Si amamos á nuestro Dios, ¿no le hemos de venerar y dar culto, dirigiéndonos á él en el templo, á lo menos en las fiestas de guardar? ¿no le hemos de dar gracias por tantos beneficios como estamos recibiendo de él en todos los instantes? ¿no hemos de pedirle que nos dispense su digna proteccion y amparo en todas nuestras operaciones? Vmd. créame, querido mio, que si le buscamos de todo corazon, le hallarémos, pero si no contamos con él, nos abandonará; y entonces, qué será de nosotros?

D. El cuarto mandamiento no habla de Dios, porque solo dice honrar padre y madre?

M. De los diez preceptos divinos, hijo mio, solo los tres primeros hablan con nuestro Dios y Señor. Los otros siete todos son con referencia á nuestro prógimo; y como no tenemos un prógimo mas inmediato que á nuestros padres, por eso se nos man-

da honrarles como es de justicia. En efecto, cómo no hemos de honrar, amar y obedecer á los que despues de Dios, debemos la vida y la existencia? ¿qué sería de nosotros si nuestros padres nos abandonáran despues de haber nacido? Acabar y perecer sería nuestra suerte; pero léjos de abandonarnos, se han sacrificado por nosotros noches y dias, semanas, meses y años para proporcionarnos el alimento, el vestido, y todo lo demás necesario, hasta ponernos en estado de no necesitar de ellos para nada. Y cuando ellos se hallaban con estos afanes y desvelos por nosotros, ¿cuántos disgustos no les habrémos dado con nuestras impertinencias y nuestra ignorancia? No obstante, todo lo han sufrido, y no nos han desamparado jamás. Con que vea vmd., querido mio, si es justo y justísimo el cuarto precepto, por el cual se nos manda honrar á nuestros padres.

D. Yo estoy como confundido, señor Maestro, con la sencillez, con la justicia, y con la facilidad de los preceptos divinos, que nos sirven nada menos que para premiarnos con una gloria eterna si los observamos. Y por lo que corresponde á la vida temporal, qué sería de nosotros si no guardásemos los divinos mandamientos? Veamos el quinto que es no matar: ¿qué derecho tengo yo para quitar la vida á un hermano mio, ni éste para quitármela á mí, cuando él y yo la tenemos por Dios y por nuestros padres? Me horrorizo solo con pensarlo; pero yo oigo sin embargo decir que fulano ha muerto á futano, y esto me estremece.

M. Pues en eso conocerá vmd., querido mio, de cuánta maldad no somos capaces los hombres, sino observamos los divinos Mandamientos que nos ha dictado nuestro Dios y Señor por nuestro propio bien. Pero no he-

mos de entender el quinto precepto en toda su estension hasta el punto de llegar á quitar la vida á nuestro prógimo, porque aunque llegamos á ser tan malos que hasta esta horrible desgracia se vé entre nosotros, el quinto mandamiento quiere significar mucho mas. Si hemos de amar al prógimo como á nosotros mismos, no hemos de hacerle el menor daño de palabra ó de obra, ni de pensamiento. De mil maneras se le puede ofender, yá murmurando, yá insultando, yá no socorriéndole en sus necesidades; y de cualquiera manera que se le ofenda, ¿querríamos nosotros, puestos en su lugar, recibir esta ofensa? claro es que no. Luego no podemos querer para el prógimo, lo que no querríamos para nosotros mismos. Vea vmd., hijo mio, si esto es justo y justísimo; pues la misma justicia hallará vmd. en todos los Mandamientos de la ley de Dios. En todos ellos no se verá

mas que nuestro propio bien y provecho; y sin embargo, solo por observar esta nuestra propia conveniencia nos premia nuestro Dios y Señor. Y cómo nos premia? nada menos que con llevar nuestra alma, que hizo á semejanza suya, á gozar de su divina presencia por toda una eternidad.

D. Yo observo, señor Maestro, en los preceptos divinos otra cosa que me asombra. En todos ellos conozco que mi razon ayudada de la gracia me puede servir de guía. Esta razon ó este entendimiento que Dios me ha dado, me hace comprender que lo que ellos me ordenan es el bien, y que el ir contra ellos es obrar el mal; luego yo puedo observar los divinos Mandamientos guiado por esta luz ilustrada por la gracia que me ha concedido mi Dios y Señor; luego si voy contra ellos, ¿no podrá decirme, por qué no te aprovechastes de las luces que te he concedido? por qué conocien-

do que debias obrar el bien has obrado el mal? Y entonces, qué podré yo replicar? Supongamos, Sr. Maestro, que á pesar de que el séptimo precepto me prohíbe hurtar, yo sé donde está un bolsillo de dinero, que es de otro; pero que yo lo puedo tomar sin que él lo entienda. Si fuese mio el bolsillo, ¿querría yo que otro me lo robase? claro es que no. Luego tampoco lo querrá él. Luego no puedo querer para otro lo que no quiero para mí. Luego yo tengo una regla infalible para observar los divinos Mandamientos. Luego en mí mismo, con el divino auxilio, tengo la facultad de alcanzar la gloria eterna ó perderla para siempre. Ah, señor Maestro! vmd. me ha dado en ésta la principal de todas las lecciones: reconozco en ella la divina justicia y la bondad infinita de mi Dios y Señor, que nada mas exige de mí que mi propia felicidad. Yo le pediré á él todos los dias



que me patrocine y ampare en todas mis acciones en esta vida, para gozarle en la que no tiene fin; y él me lo concederá, porque esto y solamente esto es lo que debo pedirle, y lo que él quiere que yo le pida. Esto mismo diré á Rosendo y á Marcelino, para que ellos lo digan y aconsejen á todos sus amigos y conocidos; y nuestro Dios y Señor le pagará á vmd., señor Maestro, el gran beneficio que nos ha hecho en abrirnos los ojos para saber conducirnos, como vmd. dice, en la fugaz carrera de nuestros dias.

M. Á Dios, hijo mio. Él les auxilie y proteja en todas las operaciones de esta vida, como lo hará sin duda, si observan la regla infalible *de obrar siempre el bien.*

D. Á Dios, señor Maestro.



APÉNDICE.

Sobre el poder de la educacion.

Habiendo criado Dios al hombre superior en la tierra á todas sus criaturas; habiéndole dotado de un espíritu de inteligencia, por el cual le ha hecho distinguir el bien y el mal; y habiéndole concedido además el libre albedrío para elegir lo bueno ó lo malo, ¿qué puede restar al hombre para ser feliz sobre la tierra, y eternamente dichoso en la bienaventuranza? Teniendo, como tiene en su mano ayudado de la gracia, seguir la senda de la recta razon, que le enseña por otra parte la verdadera luz de la fé, ¿en qué pueden consistir sus penas y sus padecimientos? ¿Cómo es que jamás

se halla satisfecho en sus deseos, y que apenas se le ha cumplido uno, cuando yá le nace otro, y despues otro y otros mil? ¿Con que ha de hallarse siempre inquieto y atormentado en esta vida, para serlo acaso tambien en la que no tiene fin? ¿De dónde puede provenir al hombre esta terrible fatalidad? Es sin duda muy interesante apurar esta cuestion, porque deben necesariamente resultar de su exámen beneficios inculculables á la humanidad.

Hemos dicho que Dios ha dotado al hombre con la recta razon para distinguir el bien del mal, y que le ha concedido además el libre alvedrío para elegir lo uno ó lo otro. Ha salido, pues, perfecto de la mano de su Criador, y es preciso buscar en otra parte el origen de sus miserias. Ello es indudable que el hombre las padece en todos los estados y situaciones de esta vida. Desde el humilde pastor en

su cabaña hasta el mas rico potentado de la tierra, se hallarán muy pocos que no se consideren rodeados de penas y padecimientos. Ni el poderoso con sus riquezas, ni el pobre en sus estrecheces, se tienen por felices; y lo mismo puede decirse de casi todas las demás clases del Estado. ¿Dirémos, pues, que no puede hallarse la verdadera felicidad en esta vida, y que ésta es la prueba mas concluyente de que Dios nos ha criado para una eterna felicidad? Creo que ninguno se atreverá á contradecirlo; pero no vamos á tratar la cuestion por este rumbo, puesto que si el hombre quisiera convencerse de esta verdad infalible, desde aquel momento se consideraria feliz sobre la tierra. Persuadido de que la verdadera felicidad solo en los cielos la puede hallar, se aquietaria en los estrechos límites de la mortalidad, y no pasaria mas adelante. Pero no es el deseo de la eterna, sino el

de la temporal felicidad, lo que mortifica, destruye y aniquila el corazon del hombre en todas las situaciones de la vida. Busquémole, pues, los medios infalibles para dar con ella; y si nos ha sido posible contentarle en la fugaz carrera de sus dias, hemos adelantado muchísimo para encaminarle rectamente á la que no tiene fin.

Nace el hombre, y desde el primer instante de la vida yá empieza con el llanto á manifestar su mortalidad. Con que es decir, que yá traemos con nosotros al nacer el principio del morir. Llamo toda la atencion sobre este principio, porque sobre su infalible verdad debe rodar el exámen de la cuestion presente. Como el hombre en su nacimiento no se halla en estado de conocer ni su vida ni su muerte, porque sus potencias y sus sentidos no se han perfeccionado aún, nos vemos precisados á buscarle mas adelante. ¿Y en qué edad, ó en qué épo-

ca le deberémos buscar para hacerle solamente á él árbitro de su suerte, de su felicidad ó infelicidad, y en el completo uso de su libre alvedrío? Aquí se nos presenta otra dificultad, porque la marcha de la naturaleza no es igual, cuando vemos unos yá susceptibles de malicia á los siete años, y otros en el estado de la inocencia á los diez. Aunque se me quiera reponer que esta razon de diferencia no pende de la naturaleza, y sí de la educacion, objetos y compañías de distinta clase que nos acompañan desde la cuna, siempre replicaré que el mismo Dios no ha querido darnos esa igualdad quimérica tan decantada por fantasías acaloradas y llenas de tinieblas. Diré mas bien en contrario, que el Sér Omnipotente se ha complacido en hacernos ver su poder infinito en la variedad de nuestros rostros, potencias, sentidos y demás, de forma que puede casi asegurarse que no ha

creado en este mundo dos cosas perfectamente iguales. Mas sea de esto lo que se fuese (que nunca puede ser otra cosa sino la divina voluntad), siempre estamos en el caso de suponer al hombre yá hombre, puesto que le hemos de suponer tambien árbitro de su suerte, y dotado con la recta razon. No me cansaré, pues, en fijar época, ni menos en contar los años de la edad, y solo diré que yo solo hablo con el hombre cuando yá lo es; es decir, cuando se hallan yá perfeccionadas sus potencias y sentidos para el uso de su libre alvedrío.

Suponiéndole, pues, en este estado, le tenemos yá en el caso de elegir el bien ó adoptar el mal, que es lo mismo que hacerle árbitro de su destino. Entre el bien y el mal nos es bien conocida la diferencia; y cuando por involuntaria ignorancia pudiésemos equivocarnos, no cometemos un delito porque no tenemos conoci-

miento de él. Mas lo que generalmente nos acontece, es elegir con todo nuestro conocimiento lo malo, y des-
 echar con toda nuestra inteligencia lo
 bueno. ¿En qué podrá consistir esta
 terrible fatalidad en el hombre? Esto
 es lo que nos proponemos apurar con
 proporcion á la cortedad de nues-
 tras luces; pero confiados, en que otros
 entendimientos privilegiados llevarán
 adelante el exámen de la cuestion mas
 interesante á la humanidad.

Hallada la verdadera causa ó
 causas de esta fatalidad, es yá mas
 fácil hallar tambien el remedio; y
 contribuyendo todos á proporcionarle,
 auxiliados por un ilustrado gobier-
 no, hemos conseguido tambien mejo-
 rar infinitamente la suerte de los hu-
 manos.

Ni se me arguya que ésta es una
 idea quimérica inverificable ó imposi-
 ble, probándomelo con que los hom-
 bres siempre han sido unos mismos, y

dotados de unas mismas pasiones, porque replicaré que nos han hecho ver lo contrario los Lacedemonios, Atenienses, y otros muchos, dotados tambien de pasiones, y con las mismas potencias y sentidos. Si aquéllos, sin la luz de la fé, han sabido adquirirse las virtudes sociales que nosotros desconocemos, ¿por qué razon no nos ha de ser posible alcanzarles, y aun superarles, puesto que nos han transmitido sus usos y costumbres para que les imitemos, y tenemos además la moral evangélica para pasarles mas adelante? No se me arguya, pues, sobre la imposibilidad, porque se puede demostrar hasta la evidencia que es posible y muy posible mejorar nuestra miserable humana condicion.

El hombre, se me dirá, nace con pasiones, y mientras éstas le acompañen, siempre dejará de ser virtuoso.

Nace el hombre con pasiones, es verdad. ¿Y qué sería el hombre sin

ellas? Una máquina, ó mas bien un autómata. La humana especie sería la mas inferior de todas las criaturas, si Dios no hubiera formado al hombre con pasiones. Pues qué! nada habia de hacer el hombre por su parte para alcanzar nada menos que la eterna felicidad? Y qué méritos pudiera alegar á este fin, sino tuviese que luchar con sus pasiones? Pero la fuerza y la violencia de éstas, es por ventura insuperable ó invencible? He aquí lo mas interesante de la cuestion. ¿Cómo pudiera haber salido perfecta de las manos del Sér Supremo la obra de la creacion del hombre, si le hubiera ordenado luchar contra una fuerza irresistible? Es, pues, indudable que él tiene dentro de sí mismo una fuerza superior para vencer todo el ímpetu de sus pasiones siempre que no desprecie los auxilios divinos. Mas adelante lo probaremos con individualidad.

¿Pero qué se me dirá si me atrevo á demostrar hasta la evidencia, que no viene de la naturaleza la mayor parte de la fuerza y violencia de las pasiones en el hombre, sino que es aumentada por el hombre mismo? Iremos por partes, y demos principio por la pasión de la soberbia, tan general por desgracia nuestra en la humanidad.

Hemos dicho que yá traemos con nosotros al nacer el principio del morir, espresando con el llanto nuestra misma mortalidad. Osará decir alguno que el llanto sea yá un signo de soberbia? Creo que ninguno se atreverá á afirmarlo; y sí dirá en contrario sentido, que el llanto es un signo infalible de la humildad. Luego tenemos, que la primera señal que nos dá el hombre desde su nacimiento, es la de ser humilde, no soberbio. ¿De dónde, pues, puede provenir esta terrible pasión, ó este cruel azote de la

humanidad? Miserable mortal! Voy á seguirte en la fugaz carrera de tus dias, y si te puedo demostrar la torcida senda que sigues, y te hacen seguir desde la cuna hasta la sepultura, he conseguido abrirte los ojos para separarte de ella y ver la luz.

Sigamos, pues, al hombre en sus primeros dias gimiendo, llorando, y suspirando, puesto que ningunas otras señales sabe darnos de su miserable existencia. Y qué juicio llegamos á formar de los primeros gemidos en el hombre? El de que nos demanda su alimento, y no formamos otro. Con que solo puede llorar un niño para pedir el pecho que aun no conoce? No importa: éste se le ha de dar, y siempre que gima y llore le hemos de enchir de leche, hasta que la vomite por todos sus conductos. ¿No es una notoria verdad que esto es lo que se hace con el hombre en sus primeros dias? Y entonces, no podremos de-

cir tambien que yá estamos introduciendo en él la pasion de la gula, que no puede tener ni conocer aun por su inocencia? Pero vamos mas adelante.

Cuando yá despues de algunas semanas ó meses empieza á hacer uso de la vista, fijarla, y estender sus manitas en ademan de pedir alguna cosa, ó dirigirse á cierto punto, qué hacemos con el hombre? No es una verdad que nada nos demanda ó pide, sin que sea al momento obedecido y satisfecho? Y es ésta la suerte que le espera cuando yá grande, se halle metido en el tropel del mundo? Se le han de cumplir entonces todos sus deseos y todos sus caprichos? Los hombres con quienes ha de tratar, han de ser todos criados y esclavos suyos? Él está acostumbrado á ser obedecido, se ha criado imperando, jamás se le ha opuesto una resistencia: debe pues ordenar y mandar con orgullo, con vanidad, con soberbia. Pues cómo! Dónde esta-

ban estas pasiones al nacer, cuando solo la de la humildad es la que nos ha manifestado con el llanto? Ah! Aunque en su naturaleza corrompida se encontraba el gérmen de ellas, fué principalmente el hombre quien las desarrolló del modo mas análogo para causar su perdicion. Con que el verdadero destructor de su semejante es el hombre mismo! Y no pudiera tambien edificar en vez de destruir? Sigamos el curso de la infancia.

Cuando yá puede hacer el debido uso de sus pies y manos, dirigiéndose al punto que le sugiere su inocente voluntad, qué experimentamos en el hombre? Una natural inclinacion á palpar y tocar cuanto se halla al alcance de su vista. De todo tiene que hacer uso con el tiempo, y es indispensable por lo mismo esta inocente inclinacion en él. ¿Pero están yá perfeccionados sus sentidos y potencias para hacer el uso

debido de las cosas? Claro es que no hay aun tal perfeccion, y por lo mismo se equivoca y se engaña en el fin para que han sido hechas. Como lleva yá comprobado el uso del tacto y el de la vista, le resta comprobar aun el del oido; y creyendo que todo cuanto vé ha sido formado para el sonido, arroja al suelo todo aquello que lo puede producir. Lo que mas ruido hace al caer, es lo que mas le agrada arrojar. La loza, el cristal, el dinero, muebles y alhajas del mayor precio, todo ha de ir al suelo ó á la calle, porque á él todo le es igual ó indiferente. Pero sino es éste el uso que debe hacerse de las cosas! Y quién se lo ha dicho, ó se lo ha hecho conocer? Esperamos tampoco á que él lo pueda percibir por sí mismo en la edad competente? No vemos por el contrario consentirle que todo lo destruya y que todo lo arruine? No oimos con frecuencia decir: déjale divertirse, no le

estorbes en sus caprichos inocentes, y mas que todo lo despedace y aniquile?

He visto criarse un niño al lado de un tio suyo, hombre rico y literato: ¡infeliz de la criada ó criado que se opusiese á la voluntad de su sobrino en la edad de tres años que yá tenía! Pidió un dia en esta misma edad dinero á su tio para divertirse; y habiéndole dado un par de duros, los arrojó al momento por la ventana sobre un tejado á su presencia. Este hombre, casi loco y frenético, y con toda su literatura, se sale al punto de su casa, y se fué á la de sus amigos á contarles el suceso inaudito. "Cómo
 "creerán vmds., decia, lo que acaba
 "de hacer mi sobrino en este instan-
 "te? Para que vean vmds. cuál ha de
 "ser su generosidad y desprendimien-
 "to, le acabo de dar un par de du-
 "ros, y al momento los arrojó por la
 "ventana sobre un tejado! Podrá dar-

„se una criatura de mas brillantes
 „cualidades?” Si éste es el hombre
 que se forma al lado de un literato,
 ¿cuál será el que se cria entre los que
 no tienen la menor idea de la educa-
 cion? Prosigamos con la infancia.

En los cuatro, cinco, seis, y has-
 ta cumplir los siete años, qué conduc-
 ta observamos con el hombre en este
 primer período de su vida? La de mi-
 marle, contemplarle, y agradarle en
 todo cuanto hace ó quiere hacer, de-
 cir ó imaginar. Es una criatura ino-
 cente, se dice con frecuencia, dejarle
 hacer su genio, no contradecirle, cuan-
 do mas grande yá usará de su razon
 y sabrá lo que ha de hacer. Usará de
 su razon! ¿Y qué otro uso sabrá ha-
 cer de ella que sea contrario á la vo-
 luntad suya? Acostumbrado hasta en-
 tonces á seguirla sin hallar el menor
 obstáculo, se hará él á sí mismo un
 estorbo de su voluntad? Desventura-
 do aquel que le oponga una resisten-

cia! La ira, el ódio, el rencor y la venganza se apoderarán de su corazón, bien sea para arrojarse al que se atrevió á contradecirle, ó para profesarle el mayor aborrecimiento sino puede vencerle.

Yo tengo en mi jardín una tierna planta que trato de cultivar para mi utilidad y recreo. Sus ramitas, que no pasan de cuatro líneas de diámetro, se dirigen al punto donde las quiero colocar: las unas pongo en figura de abanico, otras en una forma triangular: de algunas formo una media naranja, y de otras un ángulo recto. Tengo al lado opuesto otra planta á la cual procuro dar la misma direccion, para que forme con la primera una simétrica perspectiva, pero no me es posible conseguirlo. Y por qué? Porque sus ramas tienen yá diez pulgadas de diámetro, cuando las primeras no pasan de cuatro líneas. Ved aquí al hombre.

Le hemos tomado por nuestra cuenta desde la cuna. ¿Qué uso hemos hecho de aquella tierna masa dispuesta, como la cera, á todas las formas que la quisiéramos imprimir? El mas criminal. No hemos usado, sino abusado. Hemos tenido en nuestro poder un diamante de un valor inestimable, pero no hemos conocido su precio y lo arrojamos á la mar. Ah! esto es por lo que mira á nuestra pérdida. Y por la suya? Prosigamos con el hombre.

Le tenemos yá en la edad juvenil. ¿Y con qué disposiciones le hemos traído á este otro período de la vida? Con el funesto desarrollo del gérmen de casi todas las pasiones que yá hemos introducido en su corazon. Pues cómo! ¿dónde se hallaba este desarrollo á su nacimiento, si solo llorar y gemir es lo que sabía? No importa, lo demás lo ha aprendido de nosotros: de nosotros, sí, no hay que dudarlo.

Él se halla yá en su edad de siete años con un amor de sí mismo el mas grande y perjudicial. ¿Pues quién le ha hecho conocer que él es alguna cosa de importancia, cuando en la realidad nada mas es que un miserable insecto sujeto á la muerte? Ah! Eso ninguno se lo ha dicho hasta hoy; antes por el contrario, al primer uso que hizo de sus tiernas potencias y sentidos, en todo cuanto quiso decir, imaginar, ó ejecutar, se le han dado los mayores elogios. Jamás le hemos opuesto una resistencia ni la menor contradiccion. Él ha dado la ley á medida de la voluntad suya. Muy bien! Y es esto lo que le espera en la sociedad y en el trato con sus semejantes? Vamos á probarle yá en su edad juvenil. Niño, es preciso que aprendas á leer y escribir, y que te sujetes á dar leccion con un Maestro, ó bien ir á la escuela. Yo no quiero eso, responde á sus padres con altanería. No hay

remedio, hijo mio, la obediencia es indispensable. Y qué es obediencia, replica el niño con razon? pues si jamás se la han hecho conocer teórica ni prácticamente! Él solo ha aprendido á mandar y ser obedecido. Esto es lo que sabe, y lo que yá no olvidará sin padecer y sin sufrir. No obstante, ello es preciso que obedezca á duras penas. Suspira, llora y gime. Y quién ha sido la causa de estas primeras lágrimas y gemidos? No él, que no se ha educado á sí mismo, sino los que le han formado de esta manera. Prosigamos. El niño llora, no quiere sujetarse á la leccion, ha faltado al respeto á su Maestro, está inconsolable y expuesto á un insulto... pues dejarle por ahora, otro dia será; no le atormentémos; yá le tendremos de mejor humor mas adelante; cuidado con no exasperarle demasiado; estas cosas se han de hacer voluntariamente; yá le acariciaremos y le engañaremos ofre-

ciéndole algun juguete. Oh padres de familia! No es esto continuar sujetándoos siempre á la voluntad suya?

Yo he presenciado escenas entre padres é hijos, y no de baja esfera, las mas escandalosas. He visto hijos de diez y doce años desmentir á sus padres, y sufrirlo éstos con la mayor indiferencia. Esto me ha hecho conocer ser yá muy frecuente entre unos y otros. Acompañé un dia á la mesa á una familia de distincion, y he notado que un hijo de diez años se hacia plato para sí antes que tomasen sus padres. Observé además mandar el niño con el mayor despotismo á un criado ponerle vino en el vaso por cinco ó seis veces. Juanito, le dice su padre, que eso es beber yá demasiado, y que te puede hacer daño. Cuando yo tenga bastante, replicó el niño, no pediré mas. Pues qué, tambien me ha de prohibir vmd. de comer y beber lo que necesite? No, hijo mio, lo

que necesites eso no; pero lo debes hacer con moderacion, porque te puede dañar la comida y bebida con exceso. Yá ves, hijo mio, que si por excederte te pones malo, nos vas á dar un susto y un sentimiento. Si yo me muero, repuso el niño, se le acabó á vmd. el trabajo de estar reprendiéndome á todas horas; y si se muere vmd. antes, como es regular, he quedado en la libertad de hacer mi gusto y mi genio. Oh padres de familia! Cuando este niño al nacer solo llorar y gemir sabía, de quién aprendió la desobediencia, la vanidad, la altanería y la soberbia? ¿Por qué os quejaís de vuestros hijos cuando os faltan al respeto y al cariño que os deben? ¿Por qué soleis decir con frecuencia que hay un padre para cien hijos, y no hay cien hijos para un padre? Sino habeis sabido, ó no habeis querido darles la debida direccion desde la cuna, ¿cómo es que tan sin razon

echais la culpa á vuestros hijos? No son ellos, no, los culpables. Vosotros sí, y nadie mas que vosotros habeis hecho la desgracia de vuestros hijos y la vuestra. Continuémos con el hombre.

Le tenemos yá con un maestro que le debe dar lecciones para instruirle. ¿Y qué maestro puede enseñar á su discípulo cuando falta en éste la obediencia? Si su alumno solo está acostumbrado á ser obedecido, ¿cómo cambiará de rumbo para obedecer él? No obstante, el maestro manda, ordena, y exige el respeto y la obediencia. Su alumno se opone, se resiste. No puede sufrir este cambio repentino en el curso de su vida. He aquí dos mártires atormentándose recíprocamente. ¿Y quién ha preparado yá este primer choque del hombre con el hombre? Pues cómo! ¿una tierna masa dispuesta como la cera para recibir todas las formas que en ella quisie-

ran imprimir, solo la vanidad, el orgullo, y la soberbia, son las imágenes que se han grabado allí? Y la imagen de la humildad? Ah! La hubiera recibido del mismo modo; pero no han querido, ó no han sabido imprimírsela. ¿Y quién es el que se ha atrevido á destruir la naturaleza del hombre, grabando en su tierno corazon las pasiones mas violentas para hacerle un infeliz sobre la tierra, y á todos los demás que hayan de tratar con él? Pues si solo con haber radicado en su tierno pecho desde la cuna la virtud de la humildad, se hubiera cambiado la suerte de los humanos, ¿cómo es que no se procura de ningun modo, ni por unos ni por otros mejorar nuestra suerte? Oh mortales! El Hacedor Supremo ha dejado al hombre el cuidado del hombre. Si éste llega á ser su propio verdugo, ¿á quién deberéis culpar? Volvamos á coger el hilo.

Luchando el alumno con su maes-

tro, y viceversa, se continúan las lecciones de la instruccion. Cuando falta la condescendencia, la voluntad, y el cariño que debiera haber entre un maestro y su discípulo, ¿qué progresos se podrán hacer? Los que vemos en la sociedad: eruditos á la violeta, todos sabios de presuncion, y en la realidad ninguno. ¿Puede hallarse la sabiduría donde reyna el amor propio, el orgullo y la vanidad? ¿donde falta la virtud de la humildad y el temor de Dios? ¿ha presumido de sabio Jesucristo, Redentor nuestro? ¿han conocido la vanidad y la soberbia sus discípulos? No obstante, ello es que solo allí hallamos la verdadera sabiduría. Oh soberanos de la tierra! cuánto pudiérais hacer para mejorar la miserable condicion de los humanos! Ello es indispensable cambiar de rumbo. Es malo el hombre, y es ya de absoluta necesidad mejorarle. Él sale de las manos de su Criador con una

igual predisposicion para el mal y para el bien. Aquí recibe despues las impresiones que se le quieren dar. ¿No han sido buenas las que ha recibido hasta hoy? Mejorémoslas. ¿Será por ventura imposible? Vamos á verlo.

Déseme un niño al acabar de nacer, y entrégueseme por el todo su completa direccion. Supongámosle el de peores inclinaciones por naturaleza, y equiparémosle, si se quiere, á Napoleon Bonaparte. Yo adoptaré con mi alumno el siguiente sistema. Haré en primer lugar que su nodriza no le escasée el alimento, pero no se le ha de dar éste sino á horas determinadas. Si llora y gime yo no haré caso de sus primeros llantos, y yá le evitaré con esto solo otros infinitos en el curso de su vida. Conseguiré además que no se interrumpen unas á otras sus digestiones, y yá no vomitará la leche que no ha podido digerir.

Quando principie á hacer uso de

la vista y á fijarla, le presentaré á la luz, y le dejaré recrearse con ella: repentinamente le trasladaré de la luz á las tinieblas; y si esta inesperada mudanza le hace prorrumpir en gritos y gemidos, yo me haré el sordo y el desentendido. Repetiré todos los dias esta mudanza repentina del gozar al sufrir, y así iré acostumbrando á mi alumno á los vayvenes que le aguardan en la miserable vida de los humanos. Gritará, sollozará, y gemirá los primeros dias; pero la fuerza de la costumbre le ha de amoldar necesariamente á su suerte. Pues cómo! ¿si no ha cumplido aún cinco meses el alumno, le habremos de dar yá una leccion de conformidad? Ah! Lo cierto es que yo no cederé hasta que le vea resignado en la traslacion de las tinieblas á la luz, y de la luz á las tinieblas.

Cuando mi alumno principie á usar de la especial prerrogativa del

hombre pronunciando alguna voz, yá no me será necesaria la nodriza, y la despediré. Él y yo nos entenderémos solos, y nos bastarémos el uno al otro. No se apartará de mi lado ni yo del suyo, porque yo soy el que me constituyo responsable de sus acciones. ¿Con cuánto placer no le permitiría yo juntarse con los de su edad, sino destruyesen en una hora todos los cuidados con mi alumno desde el primer día de su nacimiento? No han sido educados como yo quiero educarle, y es de necesidad privarle absolutamente de su compañía. ¿Cuáles serán nuestras primeras sesiones? Qué disparidad entre estos dos amigos! El uno un hombre yá formado, cuando el otro es una criatura inocente de dos á tres años. Ah! es una verdad que hay entre los dos esta enorme distancia. Pues sin embargo, en su mas tierna edad yo le voy á infundir la mas sublime de las ideas. Por el día le haré fijar su vis-

ta en los cielos, y en el maravilloso planeta que nos dá la luz y conserva la vida. Por la noche yo me fijaré con él en la contemplacion de la luna, de las estrellas y demás astros. ¿Quién ha hecho todo esto, me preguntará asombrado? Tu padre, le responderé, el mio, y el de todos los vivientes. *El es el que es*, y no me preguntéis mas hasta que se haya pasado un año. Algo largo le ha de ser el plazo, pero él yá tiene en su corazon el deseo de conocer al padre de todos los vivientes, que es el suyo propio. Por el dia y por la noche se presentarán á sus ojos los mismos objetos que le han suscitado esta idea, y es de necesidad que se la recuerden todos los dias.

En qué mas nos ocuparemos estos dos amigos? Es claro que una de nuestras principales obligaciones ha de ser la de sustentarnos. Yo no seña-

haré sino la hora del desayuno, la de la comida, y la de la cena. Si alguna vez me demanda el sustento antes de la hora señalada, yo le haré ver, acomodándome á su edad, que no le puede ser conveniente. Se lo demostraré hasta que me conceda la *razon*, y entonces le haré ver que ésta ha de ser forzosamente nuestra guía en todas nuestras operaciones. Le ofreceré y cumpliré religiosamente todo cuanto me demande conforme á *razon*, á condicion de que él ha de hacer otro tanto conmigo, y quedará establecido entre los dos este pacto sagrado. Si he conseguido esto de mi alumno, ¿he adelantado poco? Ligados los dos por este contrato, me dirá alguna vez que quiere jugar y divertirse, porque esto no es contrario á la *razon*. Sí, hijo mio, le responderé; yo no puedo quebrantar el pacto establecido entre los dos, y quiero por lo mismo jugar

contigo y divertirme tambien: elige, pues, el juego que mas te agrade. Por duro de corazon que sea mi alumno, ¿dejará en aquel instante de ser un amigo y compañero de su Maestro?

En qué mas nos ocuparemos estos dos amigos? Yo me iré á cultivar mi huerto y mi jardin, y le llevaré conmigo. Para qué ha cubierto vmd. con tierra aquellas lentejas, me dirá? Y por qué no ha cubierto vmd. del mismo modo la col? Y por qué ha cortado vmd. algunas ramas de aquel árbol? Si vienes conmigo al huerto todos los dias, le responderé, yo te lo iré explicando todo, conforme se nos vaya presentando sucesivamente. Me acompañará al huerto, y le acostumbraré insensiblemente al trabajo en mi compañía. Le trataré con dulzura y con cariño, y estoy seguro de que no me desobedecerá, porque yo no he de faltarle jamás con todo aquello que

sea conforme á *razon*. Éste es el pacto establecido entre los dos, y observándose religiosamente por una y otra parte, yá somos amigos inseparables, y reynará la paz entre nosotros.

¿Se ha pasado yá un año, me dirá un dia, para saber quien hizo el sol y las estrellas? Sí, hijo mio, le responderé, y es muy conforme á *razon* cumplirte mi palabra. Al que hizo el sol y las estrellas, los cielos y la tierra, y todo cuanto está á nuestra vista, no podemos verle nosotros en esta vida. Pues cuándo, me preguntará? Despues de nuestra muerte, le diré, si somos buenos. Y por qué no le hemos de ver ahora? Y cómo le podremos ver en muriendo? Y por qué habrémos de morir? Oh, padres de familia! Y cuántas ocasiones semejantes á ésta dejais pasar en vuestros hijos, sin darles á su debido tiempo la principal de las lecciones!

Yo me acomodaré á su edad, y conseguiré, á no dudarlo, hacerle reconocer á su Criador. Le enseñaré á dirigirse á él todos los dias al levantarse, al acostarse, y en las demás ocasiones que se nos presenten oportunamente. Yo me postraré en su presencia, y dirigiré mis súplicas al Eterno Padre, implorando su divina proteccion en todas mis operaciones. Él las escuchará, las aprenderá, y estoy seguro de que las repetirá. Si he conseguido de mi alumno que cuente siempre con su Dios en todas las acciones de su vida, ¿no tengo yá hecha su felicidad? Y por qué no he de conseguirlo sino permito que se pase un solo dia entre los dos, sin cumplir con la primera de nuestras obligaciones?

Tengo, pues, ligado por la *razon* á mi alumno, y tengo además en él el reconocimiento de su Criador. Si yo observo cuidadosamente estos dos

principios con mi discípulo, ¿no le tengo ya mas adelantado que algunos hombres de la mayor edad? Por nuestro pacto de hacer lo que sea conforme á *razon*, ha reconocido la obediencia. Y si mi alumno me obedece, ¿yo no podré hacer lo que quiera de él? De quién aprenderá las buenas ó las malas acciones sino de mí? Si jamás me ha oído una mentira, y si antes por el contrario me he horrorizado al hablar de ella, ¿por qué ha de ser embustero mi discípulo? Si observa en mí que yo le cumplo religiosamente mi palabra, ¿por qué no me ha de cumplir él la suya?

Como le tengo acostumbrado á la obediencia le llevo conmigo á paseo junto al arroyo, allí me pongo yo á escribir su nombre sobre la arena. Qué hace vmd., me dirá? Estoy hablando contigo, le responderé. Pues cómo se hace esto? cómo se puede

hablar callando? Yo quiero tambien hablar de esta manera. No he infundido ya en él el deseo de saber leer y escribir? Por entonces solo á escribir su nombre y el mio aprenderá. Mas adelante sabrá lo demás. Qué no haré yo de mi alumno? Ah! qué mucho; me dirá alguno tal vez, si su discípulo vive con vmd. solamente! sino ha oido ni visto otra cosa, sino lo que vmd. ha querido que viese y entendiese! Nadie le ha engañado, él no sabe engañar: nadie le ha mentido, él no sabe mentir: nadie le ha maltratado, el no sabe ofender. Luego todo esto y mucho mas sabria mi discípulo si no estuviese conmigo á solas! Muy bien. Esto me basta para mi intento.

Hallándome un dia en el jardin con mi alumno, le observé corriendo con una varita en pos de una mariposa. ¿Qué haces, hijo mio, le pregunté? Estoy, me respondió, viendo si

puedo matar aquella mariposa, y no la puedo alcanzar. ¡Matar aquella mariposa, le dije! Jesus qué horror! y si aquella mariposa pudiese matarte á tí con una picadura, qué dirías? Yá, pero ella no puede mas que yo. Luego si porque tú puedes mas que ella la quieres quitar la vida, otro que pueda mas que tú te la podrá quitar á tí tambien. Ah! eso no lo quisiera yo. Luego tú quieres para otro lo que no quisieras para tí. Es esto conforme á la *razon*? Cuál es nuestro pacto? Ah, no me habia hecho cargo. Otra vez no lo haré. No, hijo mio, todos debemos la vida á nuestro Criador que es nuestro Dios. Él es el que solamente nos la puede quitar. Con la muerte la perdemos todos, y ninguno tiene derecho á darnos la muerte antes que Dios nos la envíe.

Por mala que sea la inclinacion de mi alumno, si yo le acompañase

hasta la edad de veinte y cinco años con este sistema de vida, ¿sería un hombre malo en la sociedad? Dónde, ni con quién habia de haber aprendido la murmuracion, el fraude, el engaño, la ingratitude, la doblez, la vanidad, la soberbia, la envidia, la adulacion, la infidelidad y demás vicios, si yo no se los habia enseñado jamás? Pero mi discípulo, entrado en la sociedad á los veinte y cinco años, qué sería sino un desgraciado? Él no sabía engañar á ninguno, pero todos ó casi todos le engañarian á él. Él llevaba dentro de su corazon la Religion y la virtud, pero hallaba en la sociedad la inmoralidad y el vicio. Yo solo pretendo probar que el hombre salió perfecto de las manos de su Criador, y que en las de su semejante halla su ruina.

Mas si yo he llegado á demostrar que el hombre al nacer es una tierna masa, dispuesta como la cera, para

recibir todas las impresiones que se la quieran dar, ¿no he llegado á probar también que las virtudes y los vicios del hombre tienen su asiento en la educacion? Luego si por la educacion se pueden mudar las malas costumbres de una sociedad, ¿no es un crimen imperdonable de nuestra parte no aprovecharnos de este poderosísimo recurso? Ah! se me replicará tal vez: ¿y cómo quiere vmd. educar á los padres, sin lo cual es casi imposible educar á los hijos? Conozco toda la fuerza de este argumento. Son yá de mayor edad los padres de familia, y no han sido educados ellos; no pueden, pues, enseñar lo que jamás han aprendido. Los hijos se crían al lado suyo, aprenden los mismos usos, las mismas costumbres, los mismos vicios. Hé aquí el trastorno de la sociedad.

Y cómo, replicaré, se han infundido á los Athenienses, sin la luz de

la fé, las virtudes sociales mas heróicas? No hay efecto sin causa en el órden de la vida. Lo que una vez ha podido hacerse, otra y otra vez se puede hacer tambien si se ponen los mismos medios. Se halla viciada y corrompida nuestra sociedad. Ó ésta ha abandonado su Religion, ó la Religion huyó de entre nosotros. Los vicios mas horrorosos han ocupado su lugar. La ira, la venganza, el orgullo, la envidia, la soberbia, la sensualidad, el robo, el asesinato, la traicion, y los crímenes mas atroces, son las virtudes que ostentan algunos que se precian de cristianos. Perdieron el respeto al Rey de los cielos. Qué les restaba sino insultar y provocar á su Rey en la tierra? ¡Y que no haya de ser posible enmendar esta desgracia de la humanidad!

Es sin duda terrible el escollo con que tropezamos, respecto de la falta

de educacion en los padres, de quienes la debieran recibir sus hijos. ¿Cómo podrá infundir virtudes en su familia aquél que ni las tiene ni las conoce? Sino pasáramos mas adelante, todavía no sería tan difícil el remedio. Pero cuando los padres de familia se hallan encenagados en los vicios en cambio de las virtudes, aquí yá parece que se nos presenta otra mayor dificultad. Mas el vicio no puede ser reprimido por la ley? Yo no me propasaré á decir, que sea posible prevenir y atajar todos los males de la sociedad: somos hombres, y esto sería imposible; pero sí me atreveré á afirmar, que por medio de una sabia legislacion, no sería difícil cortar en su raiz la mayor parte de nuestros males. ¿Sería, por ventura, injusta la ley que hiciese responsables á los padres de los delitos de sus hijos hasta cierto punto? Un sabio legislador que supie-

se combinar con la justicia todas las medidas de una ley semejante, ¿cuántos beneficios no haria á la sociedad? Responsable un padre, replicará tal vez alguno, de los delitos de su hijo, aunque éste sea de menor edad! esto sería una injusticia. Y por qué? pues á dónde puede ir el hijo bien educado sin licencia de su padre? con qué compañías puede reunirse si su padre no se lo consiente? Con que ha de escandalizar el hijo, revolucionar y trastornar tal vez el Estado, y su padre no ha de tener la menor responsabilidad? Llamo la atencion de los mas sabios legisladores sobre este punto, y vuelvo á decir, que si han sabido combinar con la justicia todas las medidas de una ley semejante, han atajado con ella la mayor parte de los desórdenes de la sociedad. Ah! cuán diferente sería el zelo paternal por la educacion de sus

hijos con semejante medida! cuán distinta sería la enmienda de los hijos, viendo con ellos en la cárcel á sus padres por causa suya! Pero volviendo á tomar el hilo sobre la reforma de las costumbres por medio de la educación, ¿cuántas medidas no pudieran adoptarse á este fin por un gobierno ilustrado? por qué no habia de ofrecerse un crecido premio al que presentase la mejor de las Memorias sobre este objeto? puede ninguno señalar el punto hasta donde puede estenderse el entendimiento del hombre? De las Memorias que se presentasen, ¿no pudiera tal vez organizarse un nuevo plan de estudios, por medio del cual mejorásemos infinito nuestras costumbres?

Oh Soberanos de la tierra! á vosotros incumbe esta delicada empresa, si quereis no ser sorprendidos ni atropellados. Solo por medio de la educa-

cion podrán cortarse en su raíz las revoluciones y los trastornos. Medite y trabaje cada uno en sus Estados el plan correspondiente á su situacion y circunstancias. Refórmense las costumbres que ha llevado el espíritu del siglo hasta la cumbre de la inmoralidad. Opónganse ideas y principios de tranquilidad y quietud, á las de turbulencia, libertinaje y desenfreno. Desvanézcanse esos sofismas de que están cargados los libros subversivos. Aclárense esas sutilezas, chistes y gracejos que tanto sorprenden y deleitan á la inocencia y á la ignorancia. Vengán á tierra con una sencilla pregunta y respuesta esas perniciosas falacias que obscurecen la verdad y la razon: á la falsedad de sus argumentos, opónganse la solidez y la justicia; y contra el número de los tales libros, circúlen-se por medio de las escuelas mil contra uno, en opuesto pero fundado senti-

do: *Contraria contrariis curantur.*

Si no alcanzase el remedio á los que yá son adultos, propongámonos á lo menos dirigir por la senda de la virtud, de la paz y tranquilidad la generacion naciente. Sepamos infundirla en su mas tierna edad el amor y respeto que todos debemos tener á á nuestro Soberano, á nuestro gobierno, y á nuestras leyes. Si han de recibir con el tiempo ideas erróneas y falsos principios en política, tengan yá en sus mas tiernos años las mas sólidas ideas sobre esta materia. ¿De qué otro modo se nos infunden los principios de nuestra sagrada Religión?

Parecerá tal vez á alguno tardío y lejano este remedio. Y no será peor dejar propagarse el veneno sin aplicarle ninguna medicina? Pero no es tan lejano ni tardío el que se propone. Los jóvenes que hoy se hallan en

la edad de ocho años, están yá en edad de estudiar y leer su catecismo político, decretado á este fin por el gobierno. Desde esta edad á la de los veinte, en que yá son útiles ó perjudiciales al Estado, ván solos doce. Y tan lejano es el término de una docena de años?

Si estuviesen bien premeditados y combinados los principios de los catecismos que hubiesen de darse en las escuelas, y á los padres de familia, para que por unos y por otros se enseñasen á sus hijos; si se cuidase escrupulosamente de hacerlos estudiar á los jóvenes, no recitando precisamente de memoria la materialidad de las palabras, sino demostrando con aquéllas ó con otras su verdadero sentido é inteligencia; si se ofreciesen premios á los que mas sobresaliesen en este estudio, no solamente teórico sino tambien práctico, acreditando en

su conducta las virtudes cívicas que habian estudiado y aprendido; si se les estimulase á hacer composiciones sobre alguna de ellas, yá en prosa, yá en verso; en una palabra, si se lograse infundir en la generacion naciente el horror que todos debemos tener á una revolucion por sus terribles consecuencias, ¿quién puede dudar que podrémos lograr por este medio desterrar de entre nosotros este cruel azote de la humanidad?

Para demostrar aun con mas evidencia la eficacia del remedio propuesto, pregunto: ¿Cuál es el origen primordial de las revoluciones? Yo creo que todos convendrán conmigo en que su raiz está colocada en los libros que se han escrito con este objeto. Los gobiernos lo han conocido yá, y oportunamente tomaron las correspondientes medidas para cortar su circulacion. Pero lo han conseguido? Yo

no sé si me atreva á decir, que es tanto mayor el giro de este comercio cuanto es mas grande su prohibicion. Lo que se nos permite desechamos; lo que se nos prohíbe es lo que apetecemos. Hemos visto, pues, que no ha alcanzado esta medida. Cuál otra pudiéramos adoptar? Á mi entendimiento no se presenta otra alguna que la yá indicada. Los malos libros han de circular por mas precauciones que se tomen; la juventud inexperta los ha de leer; en ellos ha de hallar una materia, sofísticamente tratada, que no ha estudiado hasta entonces, ¿cómo sabrá discernir la falsedad ó solidez de sus principios?

Si por el contrario, tuviese radicados en su corazon desde su mas tierna edad sus mas sagrados deberes hácia su Rey, á su gobierno y á las leyes que le protejen, que le garantizan su existencia, que le dán esa se-

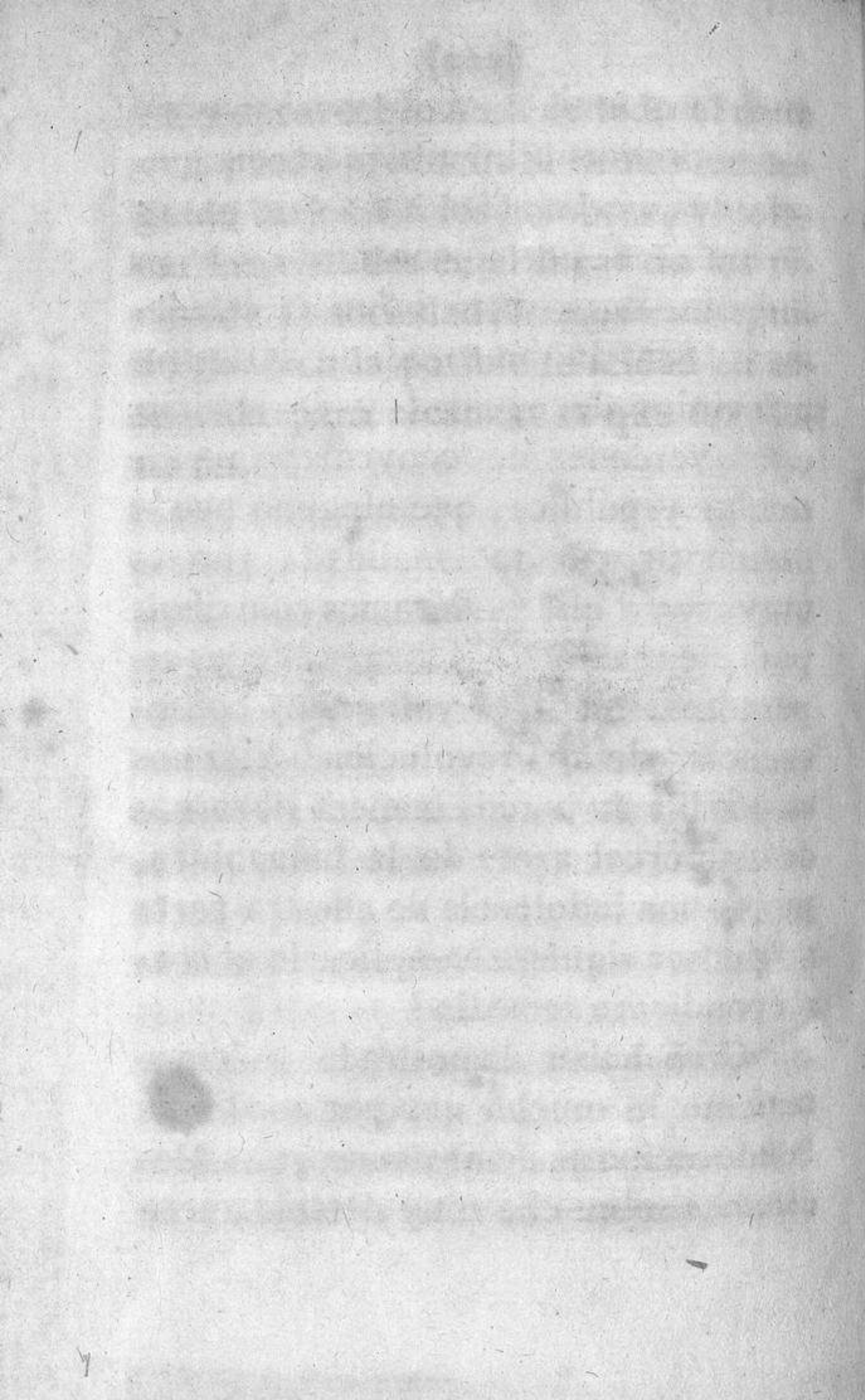
guridad, esa libertad, esa propiedad de que está gozando, y de la cual no se cree en posesion cuando por primera vez ha visto estos tratados en los tales libros, que le deslumbran, que le fascinan y trastornan su imaginacion, que nada puede oponerles en contrario porque le hablan de una materia que no ha visto ni estudiado jamás..... Si por el contrario, repito, supiésemos radicar en la generacion naciente el ódio horroroso que debe inspirarnos toda revolucion, por la cual llegamos á perder nuestra existencia civil, y tantos y tantos la natural; por la cual ninguno en la sociedad puede yá acudir á las leyes ni tribunales que le defiendan su honor, el de su muger y familia, ni menos que le protejan en la propiedad que le usurpan y arrancan de sus manos á la fuerza, practicándose esto mismo á su presencia con todos sus parientes,

vecinos y amigos, á los cuales insultan y provocan los malvados que poco antes estaban ligados y sujetos por la ley..... Si por el contrario, vuelvo á decir, supiésemos infundir debidamente en la juventud actual estos principios de equidad y de justicia, estas verdades de conveniencia particular y pública, que ninguno puede desmentir con racionalidad, ¿no es muy cierto que pudiéramos contribuir por este medio á precavernos de las espantosas, terribles y funestas consecuencias de una revolucion? Y si nos es posible en alguna manera librarnos de este cruel azote de la humanidad, ¿no es una indolencia de nuestra parte no pensar siquiera en aplicarle el correspondiente remedio?

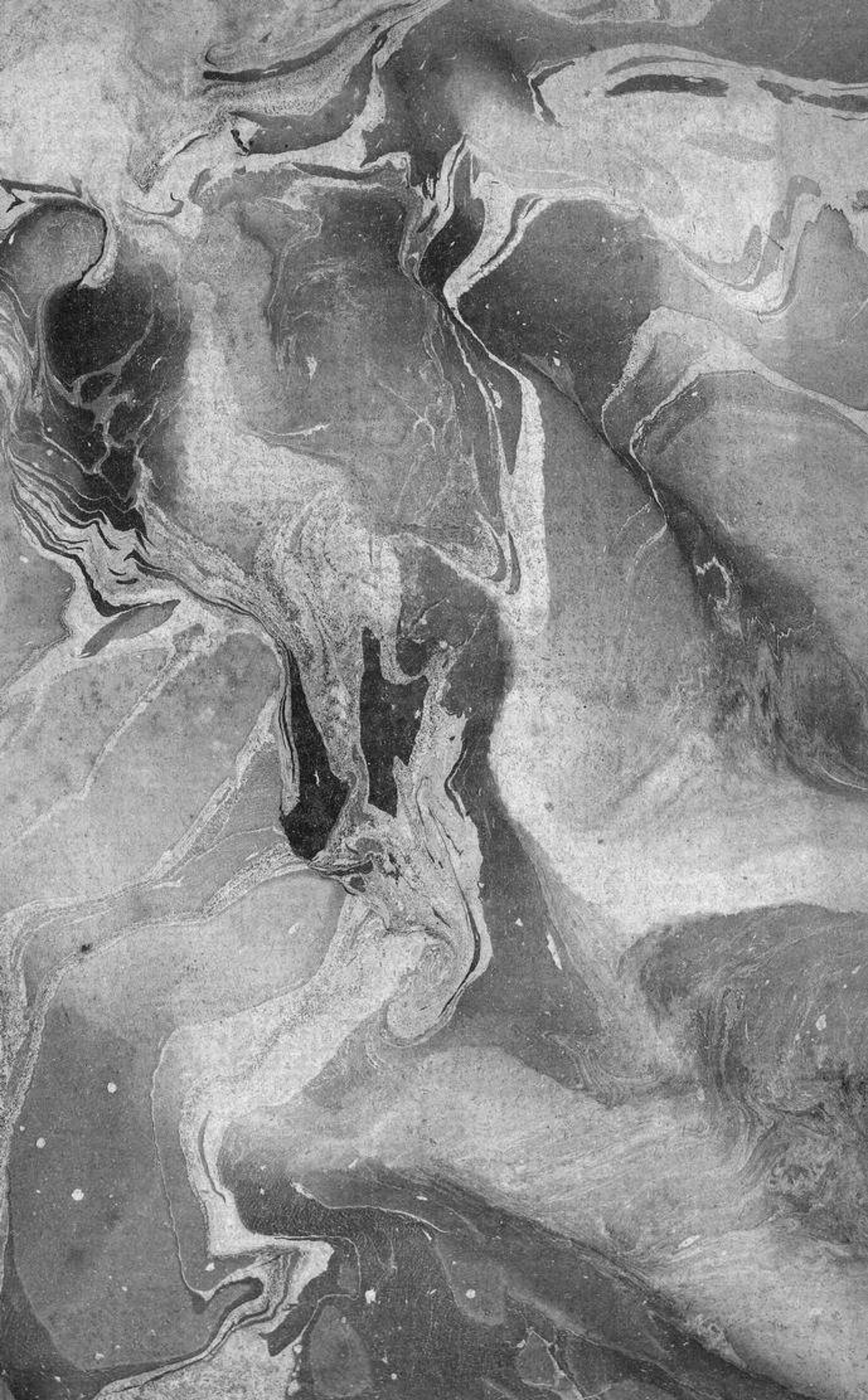
Creo haber demostrado suficientemente lo mucho que por medio de la educacion podemos conseguir. Meditemos sobre ella muy detenidamente.

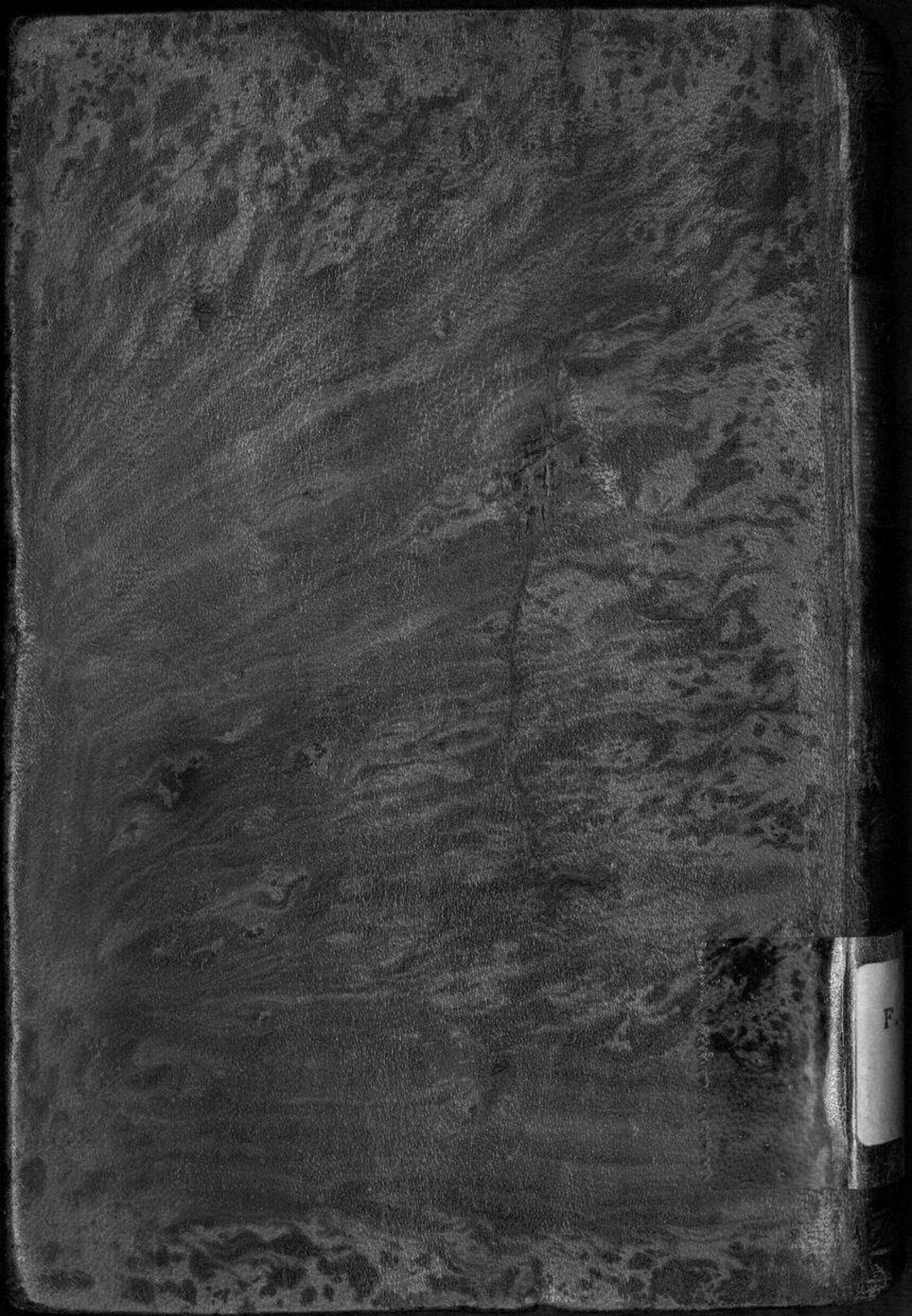
te, y aprovechémonos de todo el fruto que pueda producir. Si hemos conseguido mejorar á los hombres, y colocar las virtudes en el lugar de los vicios de la sociedad, hemos conseguido tambien la posible felicidad en esta vida para alcanzar la que no tiene fin.

the first of these is the fact that the
the second is the fact that the
the third is the fact that the
the fourth is the fact that the
the fifth is the fact that the
the sixth is the fact that the
the seventh is the fact that the
the eighth is the fact that the
the ninth is the fact that the
the tenth is the fact that the
the eleventh is the fact that the
the twelfth is the fact that the
the thirteenth is the fact that the
the fourteenth is the fact that the
the fifteenth is the fact that the
the sixteenth is the fact that the
the seventeenth is the fact that the
the eighteenth is the fact that the
the nineteenth is the fact that the
the twentieth is the fact that the
the twenty-first is the fact that the
the twenty-second is the fact that the
the twenty-third is the fact that the
the twenty-fourth is the fact that the
the twenty-fifth is the fact that the
the twenty-sixth is the fact that the
the twenty-seventh is the fact that the
the twenty-eighth is the fact that the
the twenty-ninth is the fact that the
the thirtieth is the fact that the
the thirty-first is the fact that the
the thirty-second is the fact that the
the thirty-third is the fact that the
the thirty-fourth is the fact that the
the thirty-fifth is the fact that the
the thirty-sixth is the fact that the
the thirty-seventh is the fact that the
the thirty-eighth is the fact that the
the thirty-ninth is the fact that the
the fortieth is the fact that the
the forty-first is the fact that the
the forty-second is the fact that the
the forty-third is the fact that the
the forty-fourth is the fact that the
the forty-fifth is the fact that the
the forty-sixth is the fact that the
the forty-seventh is the fact that the
the forty-eighth is the fact that the
the forty-ninth is the fact that the
the fiftieth is the fact that the
the fifty-first is the fact that the
the fifty-second is the fact that the
the fifty-third is the fact that the
the fifty-fourth is the fact that the
the fifty-fifth is the fact that the
the fifty-sixth is the fact that the
the fifty-seventh is the fact that the
the fifty-eighth is the fact that the
the fifty-ninth is the fact that the
the sixtieth is the fact that the
the sixty-first is the fact that the
the sixty-second is the fact that the
the sixty-third is the fact that the
the sixty-fourth is the fact that the
the sixty-fifth is the fact that the
the sixty-sixth is the fact that the
the sixty-seventh is the fact that the
the sixty-eighth is the fact that the
the sixty-ninth is the fact that the
the seventieth is the fact that the
the seventy-first is the fact that the
the seventy-second is the fact that the
the seventy-third is the fact that the
the seventy-fourth is the fact that the
the seventy-fifth is the fact that the
the seventy-sixth is the fact that the
the seventy-seventh is the fact that the
the seventy-eighth is the fact that the
the seventy-ninth is the fact that the
the eightieth is the fact that the
the eighty-first is the fact that the
the eighty-second is the fact that the
the eighty-third is the fact that the
the eighty-fourth is the fact that the
the eighty-fifth is the fact that the
the eighty-sixth is the fact that the
the eighty-seventh is the fact that the
the eighty-eighth is the fact that the
the eighty-ninth is the fact that the
the ninetieth is the fact that the
the ninety-first is the fact that the
the ninety-second is the fact that the
the ninety-third is the fact that the
the ninety-fourth is the fact that the
the ninety-fifth is the fact that the
the ninety-sixth is the fact that the
the ninety-seventh is the fact that the
the ninety-eighth is the fact that the
the ninety-ninth is the fact that the
the hundredth is the fact that the











NE AMIAN
DIEA
NATION
SPANOL



F. Cane

134

